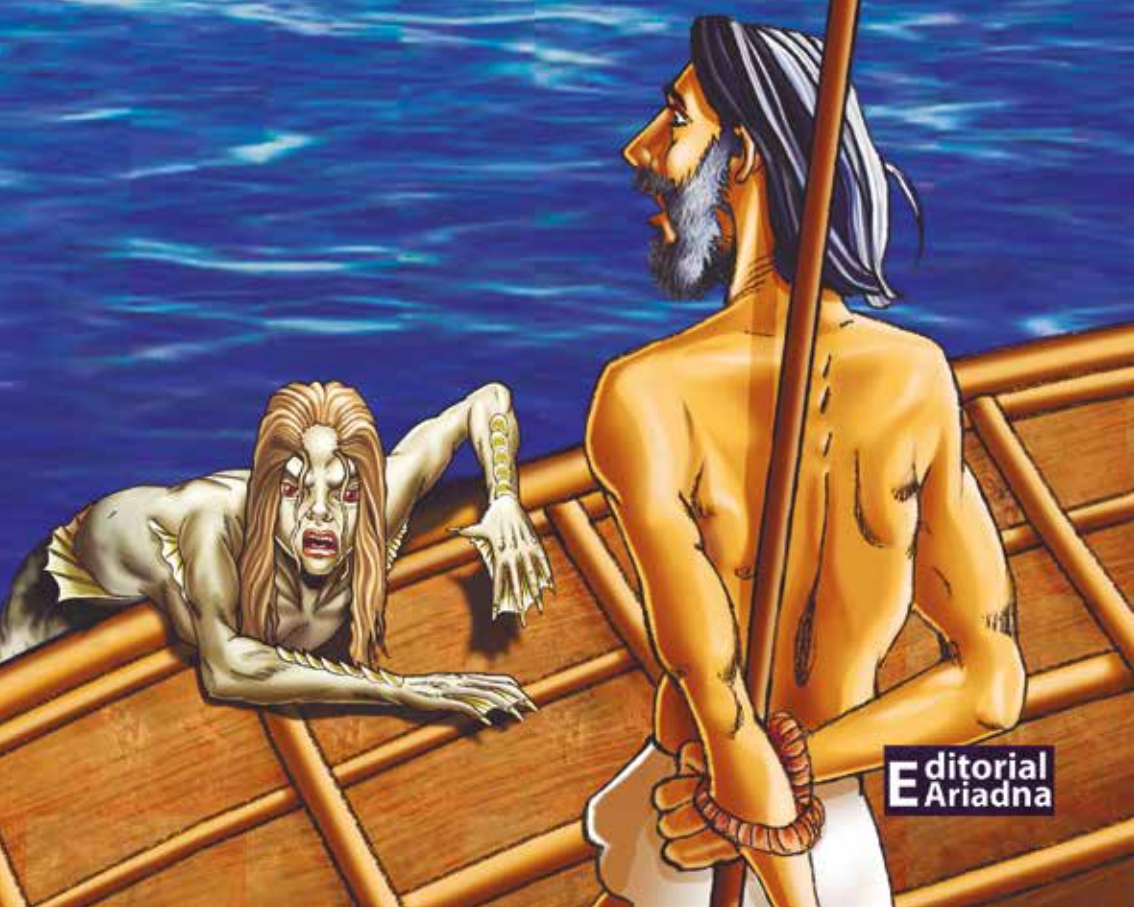


PREMIO ARIADNA DE CUENTO 2022

Prólogo de Catalina Miranda



Editorial
Ariadna

Si deseas publicar tu
propio libro físico o
digital (*e-Book*)
consulta nuestros
paquetes con ventajas y
descuentos especiales.

www.editorialariadna.com

Editorial
Ariadna

**PREMIO
ARIADNA
DE
CUENTO
2022**

CONTENIDO

- 7 PRÓLOGO
Catalina Miranda
- 17 GANADOR
ROBERTO OMAR ROMÁN
El pianista
- 23 PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA
ANA MARÍA GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ
El silencio, mi madre y yo
- 27 SEGUNDA MENCIÓN HONORÍFICA
NORMA SUSANA ARGUETA HERNÁNDEZ
Siluetas
- 33 TERCERA MENCIÓN HONORÍFICA
FERNANDO SALAS VENTURA
La última en ser la primera
- 39 CUARTA MENCIÓN HONORÍFICA
URIEL KAEDE
Remembranza
- 45 FINALISTAS IMPRESOS
- 47 MARCO DE ALARCÓN
Almas en pena
- 53 OSCAR SANTIAGO ARELLANO FLORES
Un atardecer brillante
- 59 JOSÉ ÁNGEL ESCARPETA SÁNCHEZ
Repetición
- 65 MANUEL GÓMEZ MORENO
Las “decisiones” de Éder

- 73 RUTH GORDILLO MOSCOSO
Amores gatos
- 79 ISRAEL JIMÉNEZ FUENTES
La casa bidimensional
- 85 JESÚS LASTRA RODRÍGUEZ
Miedo
- 91 DARÍO RESÉNDIZ FRANCO
Flores para los cerdos
- 99 CHRISTIAN HERNÁN RIVERA RODRÍGUEZ
Los versos malditos
- 107 GABRIEL RUIZ MERCADO
El Bruce
- 117 VALERIA NAOMI URESTI VANEGAS
La habitación infinita
- 123 FINALISTAS DIGITALES
- 125 JOSÉ LUIS CASTILLO CONTRERAS
Jagger
- 131 JULIÁN FRANCISCO ESPARZA MARTÍNEZ
A la orilla de la carretera
- 135 JOSÉ PÉREZ HERNÁNDEZ
Intriga de un sueño
- 141 JUAN REY LUCAS
La abdicación de los extintos
- 147 GRICELDA ARACELI ROMÁN CISNEROS
El niño de la morgue

EDITORIAL ARIADNA
DIRECTORA GENERAL
CATALINA MIRANDA GASCA

PREMIO ARIADNA DE CUENTO 2022
COLECCIÓN: PREMIOS ARIADNA / 12
Noviembre del 2023

D.R. © Editorial Ariadna
Diseño y formación de interiores:
An Olid
Diseño e ilustración de las portadas:
Marco Antonio Campos Vega

Tel., WhatsApp y Telegram:
55 39 56 25 06
Calle Minería 77, Col. Escandón
Miguel Hidalgo, Ciudad de México
CP 11800
editorialariadna@gmail.com
www.editorialariadna.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de EDITORIAL ARIADNA.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PRÓLOGO

PREMIO ARIADNA DE CUENTO 2022

Catalina Miranda

Roberto Omar Román es el ganador del Premio Ariadna 2022. Es muy grato decirlo porque él ha sido constante y fiel a su objetivo. Participó en este mismo Premio en 2020 y 2021, años marcados por la pandemia por Covid-19. Cabe decir que Roberto ha demostrado tener un sólido oficio y ha obtenido otros reconocimientos que lo colocan entre los mejores narradores de su generación. Es un escritor preciso, altamente meticuloso y pulcro. Como constructor es consciente al colocar cada uno de los tabiques y sabe aplicar la exacta cantidad de mezcla para adherirlos y apilarlos. Aunado a ello, está comprometido, de tiempo completo, con la Literatura. Es cofundador e integrante del Grupo Literario Urawa, en la ciudad de Toluca, desde 1993. Su trayectoria en las letras abarca ya más de 30 años.

En entrevista me confió que al haber ganado el Premio Ariadna de Cuento 2022 se siente: “Emocionado, desde luego —en esta tercera participación lo conseguí—, y a la vez comprometido a pulsar mi vena narrativa en otras justas literarias. El reconocimiento, derivado de un concurso de cuento, es representativo e incentivador, por supuesto, pero implica a la vez una reinención, una superación per-

manente en el autor. Requiere, digamos, de una potestad, de un balance reflexivo de que en ese momento lo escrito funcionó para ese concurso y para ese jurado. Eso me parece bien; indica que hay porvenir. Después, es necesaria la independencia o liberación del texto respecto a la tutela de su creador, y atañe al lector, una vez publicado, juzgar su valor. Es, entonces, cuando el autor debe reafirmarse, proponer prosas, igual o mejor logradas. Me parece que es un asunto similar a alcanzar la cúspide del enamoramiento, y a continuación romper el vínculo afectivo, porque lo inmediato es casarse, y considero que ningún cuentista se debe casar con un cuento o un premio. Es aconsejable mantener el *celibato literario*, permanecer ilusionado, seducido por la imaginación, asombrado de la propia inventiva.”

Estos comentarios de Roberto Omar Román se convierten en amplio consejo para los autores jóvenes o para quienes se inician en la Literatura, ya que él habla desde la experiencia y desde el largo camino recorrido. El cuento “El pianista”, con el que ha sido galardonado, atrapa desde la primera línea hasta el punto final; se lee fluidamente, sin tropiezos, sin el deseo de detenerse para introducir una coma, un acento, o cambiar una palabra o la estructura de una oración. Lo cual siempre se agradece. Está planteado en dos líneas conductoras. Dos personajes activos que se desenvuelven en el “aquí y ahora”, y otros a los que se menciona en un texto en cursivas, en el que se da explicación de los que está aconteciendo y que revelan la trama, el meollo del asunto, cuyo clímax se conoce en las tres líneas finales que culminan con el objetivo de uno de los personajes activos y que a la vez se convierte en un final sorprendente. Otro de

los aciertos de este cuento es que los dos hilos conductores son voces de tesitura distinta. La que inicia es la que culmina. Es decir, la estructura del cuento es totalmente redonda. Sorprende detectar que el final es continuación del inicio y que al unirse éstas dos partes se pueden leer de manera independiente como si fueran un microrrelato o minificción; es decir, una sola unidad literaria.

Sin duda, Roberto Omar Román dedicó bastante tiempo en elaborar el andamiaje de este relato; es decir, la cimbra, la estructura. Sobre la concepción de “El pianista” nos dice: “Intuyo, porque sería pretencioso e inexacto asegurarlo, que la idea germinal surgió de la lectura del cuento *Olaf oye a Rachmaninoff* de Cary Kerner. Es un cuento de excepcional ternura, encomiable sencillez lingüística y ponderable destreza narrativa. Desde luego, yo hice una versión satírica y absurda del gran hombre que toca el piano. // Para bien de nosotros, autores contemporáneos, el riesgo y fortuna de las influencias está, justamente, en esa libertad de tergiversar las fantasías de narradores paradigmáticos, y consolidar cosmogonías propias, estrambóticas o cotidianas, utópicas o distópicas, a nuestro modo y capricho.”

La Primera Mención Honorífica es para Ana María Gutiérrez Domínguez con “El silencio, mi madre y yo”, un texto conmovedor en el que se plantea que la expectativa de los padres no siempre se cumple al nacer los hijos. Las madres, sobre todo las primerizas, crean fantasías en torno a la criatura que alojan en su vientre. Suelen idealizarla. Hacer planes que rebasan las posibilidades de la realidad. Puede ser que esperen un varón y el producto resulte ser mujer. Algunos papás tienen que aceptar niños con defor-

maciones o con algún síndrome: de Down, de Asperger, de Rett, de Aase, de Prader Willi, que vienen a alterar el orden establecido y a crear relaciones familiares disfuncionales. En el cuento de Ana María, escrito en primera persona, el conflicto planteado alcanza solución gracias al profundo instinto materno, irracional, que todo lo acepta y perdona y a la capacidad humana de crear otras fantasías que den sentido a la existencia.

Ana María Gutiérrez Domínguez comenta que su cuento: “Surgió de observar cómo los seres humanos a pesar de ser diversos, tendemos a excluir a quienes percibimos como desiguales. Ese rechazo puede ocurrir incluso en relaciones que idealmente representan el amor más incondicional, como en la relación entre madre e hija o madre e hijo. Es así que el cuento trata, por un lado, sobre una hija que no cumple las expectativas de su madre y el modo en que comienza a relacionarse con un mundo en el que sólo el silencio la acompaña, y por el otro, muestra cómo la madre al final supera su dolor y su desilusión por amor a su hija.”

Ana María es abogada penal de profesión pero: “Desde que era niña me gustaba imaginar y escribir relatos y ese gusto ha permanecido conmigo. El mero acto de la escritura para mí es necesario, placentero y es una forma de autococonocimiento. Compartir lo que escribo es compartir lo que soy y lo que quiero expresar; en ese sentido, experimento la escritura como un modo de convivencia con los demás.”

“Siluetas”, Segunda Mención Honorífica, de Norma Susana Argueta Hernández, proyecta las aventuras amorosas de dos personajes que se conocen ilusoriamente. Que están lejos y juntos a la vez. Viven la soledad que experi-

mentan infinidad de habitantes en la urbe, hacinados en edificios, y no obstante la cercanía no se atreven a relacionarse de manera física y total.

Pausadamente, Norma Susana describe el modo de comportarse de un hombre y una mujer que se desean, que se miran sin conocerse y que adivinan sus anhelos y sudores más íntimos y que se complacen de manera erótica, a lo lejos: abrazos, palabras, placer, contoneos, música, besos, orgasmos y eyaculación a la distancia, como seguramente sucedió, muchas veces, en cualquier parte del mundo, en el lapso de la pandemia por Covid-19.

“Este cuento nació durante una de las épocas de mayor bloqueo creativo que he tenido. Tomaba un diplomado de creación literaria con jóvenes mucho menores que yo y estaba aterrada. Creí que mi estilo de escritura era arcaico y tieso. Pensé en una situación de personas maduras y me planteé el reto de transmitir el deseo imaginario entre dos personas que no se conocen y cómo, a partir de ahí, se puede establecer una relación efectivamente real sin tocarse un solo centímetro de piel. Así nació ‘Siluetas’”, nos dice la autora.

El de “Siluetas” es un amor intenso y velado, escondido tras las ventanas, tras las cortinas, que revela la incapacidad de los humanos para establecer vínculos abiertos, directos, estrechos. Quizá esa sea la tendencia amorosa entre la juventud: convivir tras una cortina, tras una pantalla de led y engancharse, a través de las redes sociales, en una relación en la que nunca habrá intercambio de fluidos y mucho menos concepción en pro de un nuevo orden mundial.

“Como decía Galeano, estamos hechos de historias. Todo el tiempo estamos imaginando y diciendo: ‘si hubiera...’ Así, brotan gérmenes de historias a cada momento, pero pocas son las que ven la luz. Eso me pasa a mí. Miro a la gente, veo imágenes y concibo situaciones. Si pudiera escribirlas todas, sería la mejor cuentista del mundo. Por ahora, me conformo con haber escrito unas cuantas y pensar en que habrá muchas más.”, comenta sobre su escritura Norma Susana Argueta Hernández.

“La última en ser la primera”, título del cuento de Fernando Salas, escritor que actualmente vive en la Ciudad de México, y que ha inspeccionado la vida rural de algunas zonas de la República Mexicana. Salas es un narrador que observa y describe situaciones sociales, modos típicos y atípicos con que se relacionan las personas. Paradojas que hacen reflexionar. Contradicciones que se gestan en la interioridad y que fluyen coherentemente al exteriorizarse.

La modernidad que llega para dejar en segundo término las costumbres culturales de un pueblo. Una joven que defiende con su acordeón la tradición musical de la sierra, pero que con lágrimas tiene que aceptar los nuevos ritmos, los vendavales de la *new edge* y adaptarse a los vientos huracanados que traen consigo los cambios de gustos y conciencia que vibran en las entrañas de las jóvenes generaciones. Tal es el contenido de “La última será la primera” al respecto nos dice Salas: “Es un cuento que concebí viviendo en el pueblo mágico de Todos Santos. Ahí tuve la oportunidad de visitar algunas rancherías de Baja California Sur en las que pude apreciar de primera mano dos fenómenos de los que no quiero sugerir una relación de causalidad: la pérdi-

da de tradiciones y actividades comunitarias acompañada del mayor acceso a herramientas tecnológicas y contenidos digitales. A partir de esta observación, en el cuento traté de proyectar un escenario en el que tradiciones centenarias se vuelven una opción más de ‘entretenimiento’ para deslizar hacia la izquierda, mientras que las y los gestores culturales experimentan el ‘amargo progreso’ de dejar de hacer comunidad a nivel local, pero eso sí, con la posibilidad de compartir sus formas de expresión ante un mayor auditorio en la virtualidad.”

Fernando Salas se define como “un escritor de cuentos cortos con temáticas sociales que busca invitar a la reflexión mediante un cálido sentido del humor. Entre mis intereses están los mecanismos a los que recurrimos para suplir a un auténtico Estado garante de derechos, los parches con los que cubrimos los vacíos que deja una sociedad cada vez más fragmentada y la cultura con la que funcionamos en un contexto de desigualdades, carencias y violencias. Me gusta plantear estas historias dentro del espectro que abarcan el realismo y el realismo mágico.”

Con el afán de ser incluyentes y de destacar las participaciones plenas de talento e imaginación hemos decidido otorgar una Cuarta Mención Honorífica a Uriel Kaede, uno de los más jóvenes de los participantes, por su cuento “Remembranza”, que ha sido escrito en primera persona. El personaje, misterioso y seductor desde el inicio, nos envuelve en su soliloquio, el cual revela una personalidad inclinada hacia la contemplación, la reflexión, la formulación de dudas existenciales, las interrogaciones filosóficas que convierten el texto en una alegoría muy cercana a la prosa poética por su estilo.

“En verdad, el germen de mi escritura halla sus raíces en la honda insatisfacción que experimentaba hacia el mundo que se extendía ante mis ojos. Me consumía una aversión visceral hacia ciertas facetas que los seres humanos distorsionaban para justificar sus actos y sus pensamientos. Las drogas, la promiscuidad sexual, la pérdida de valores, la falta de empatía y la renuncia a explorar las profundidades del pensamiento y la introspección, entre otros aspectos, me sumían en un estado de profundo desasosiego. Sentía que no encajaba en ese mundo, lo percibía como un lugar violento y corrompido. (...)

” ‘Remembranza’ es un relato que empecé hace muchos años, pero quedó inconcluso, olvidado en el cajón de mis historias sin terminar. Emergió de mi fascinación por la muerte, o más precisamente, por considerar la elección de la muerte como la máxima libertad que un ser humano puede alcanzar. Sin embargo, no me atreví a concluirlo, quizá temeroso de mis propias ideas o porque las exigencias de otros deberes demandaban mi atención. No fue sino hasta que mi amada, al leerlo, me urgió encarecidamente a darle un cierre digno, puliendo algunos detalles con mi estilo actual. Puedo afirmar, con gratitud, que gracias a ella, este relato y los que el futuro depara, encuentran su génesis en su influencia y apoyo inquebrantable.”

Uriel Kaede se reconoce como: “un escritor novato, en constante búsqueda de pulir mis habilidades y continuar mi aprendizaje. Aunque siento orgullo por mi estilo narrativo y por el progreso que he logrado, albergo la aspiración de tejer una narración capaz de asombrar profundamente (...)”

En Editorial Ariadna nos sentimos satisfechos y emocionados por dar un espacio en el que los escritores que participan con nosotros no sólo publiquen sus cuentos sino que también se expresen respecto a su propia obra. Para muchos de ellos Editorial Ariadna ha sido su primer espacio, su primera casa, han dejado en estas páginas sus primeras huellas, las cuales deseamos se reproduzcan y hagan un largo camino al andar, parafraseando al poeta. **¡Felicidades a todos!**

Catalina Miranda,
Ciudad de México
Septiembre del 2023.

GANADOR

ROBERTO OMAR ROMÁN

Nació en la Ciudad de México en 1965. Es cofundador e integrante del Grupo Literario Urawa, iniciado en mayo de 1993 en la ciudad de Toluca, Estado de México. Es autor del libro de cuentos breves *Artilugios* (2018), ha publicado minificciones en la revista *Urawario*, cuentos en las antologías colectivas *La semana comienza los sábados* (1997), *Gambusinos* (2006), *Átomos literarios* (2012) y en *Alebrije de palabras* y *Vamos al circo*, de la BUAP. Ganó el 12° Festival Internacional de Escritores y Literatura en San Miguel de Allende, Guanajuato, con el cuento “La mala tierra” (2017). El Primer lugar del Primer Concurso de Nelson Mandela, en la categoría de prosa, patrocinado por *Pretextos Literarios* y la embajada de Sudáfrica en México, con el cuento “El día de la libertad” (2018). El III Premio de Escritura Breve de

Diario de Madrid, con el cuento “El lado roto de la vida” (España, 2019). Primer Lugar del Concurso Literario Biblioteca Popular del Paraná Edición 2020, con el cuento “Cajitas” (Argentina, 2020). Primer Lugar del VIII Certamen de Microrrelatos Fantásticos y de Terror Sants 2020, con el microrrelato “El hombre reescrito” (España, 2020). Mención honorífica en Premio Ariadna de Cuento 2020, con el cuento “Humo amarillo”. El Premio del 9º Certamen Internacional Pleamar del Microrrelato Erótico, con el microrrelato “Juego de gaviotas” (Argentina, 2021). El Primer lugar del Premio Internacional de Relato Corto “Meliano Peraile” con el cuento “El abanico de bambú” (España, 2021). Finalista en Premio Ariadna de Cuento 2021, con el cuento “La muñeca herida”.

EL PIANISTA

Bien le dieron las señas al taciturno joven. Bien entró a la Oficina de Correos y dirigió la mirada al solitario empleado que bien tecleaba en una ruidosa máquina de escribir:

Bety querida:

No es pretexto ni quiero justificar mi falta de atención. Tú bien sabes que siempre te recuerdo, pero el tiempo me ha tratado de una manera injusta respecto al asunto del piano de Enriqueta.

No te imaginas lo rentable que es alquilar un piano en estos tiempos en que abundan las quinceañeras y escasea el dinero para organizarles un vals con orquesta completa. A veces tengo que ingeniármelas para tocar horas de cincuenta minutos y llegar oportunamente a otro compromiso. La agenda de este año está saturada. Con decirte que Enriqueta está pensando adquirir otro piano; aunque, a decir verdad, no me gustaría porque sería más difícil darme un tiempo para escribirte.

En cuanto al trabajo en la oficina, me lo han aumentado, precisamente porque la gente le ha dado inusitada relevancia al envío de invitaciones de quince años. Y, como consecuencia, recibimos diariamente miles de sobres con respuestas de aceptación o rechazo. Las cuales hay que enrutar para que los compañeros salgan a repartirlas. Tú sabes que no es trabajo fácil; creo ya te había contado en mi carta anterior, que en los dos últimos meses

acuchillaron a cinco carteros que tenían asignada la entrega de repuestas negativas.

Yo no lograba entender por qué, el simple hecho de recibir una negativa de asistir a un vals enfadaba tanto al padrino organizador, pero ahora que hemos alquilado el piano, lo supe por boca de unos invitados durante una fiesta de quince años.

Mira, Bety, se trata de algo más complicado que una presentación de quinceañera. Es, en honor a la verdad, una simulación, y si quieres que te sea sincero, el vals es también un grotesco trámite. Es, por decirlo de una forma: “maquillar” una abominable farsa; y ahora que la menciono, esta palabra viene muy adecuada al caso. Sucede que las quinceañeras son aparentes o postizas. En realidad son mujeres decrépidas, viejas adineradas que fueron recluidas en asilos o manicomios por sus familiares para apoderarse de sus fortunas. Tú sabes, la clásica historia de millonarias locas que no lo están. Bueno, pues a estas ancianas se les acerca un defraudador ofreciéndose a pagar un soborno para obtener su libertad a cambio de que le concedan el derecho de apadrinarlas como quinceañeras. Si la vieja acepta el trato, el padrino invierte en costosas cirugías estético rejuvenecedoras, liposucciones, vestuario y maquillaje, y le diseña una nueva identidad, una nueva vida social. Precisamente esa nueva, pero falsa personalidad, se da a conocer a la sociedad durante un vals.

¿Ahora lo entiendes?, de ese modo, las ancianas tienen oportunidad de recuperar su libertad y de solicitar las espléndidas mesadas que el Gobierno otorga a las quinceañeras. Y obviamente, ese es el meollo del convenio: un alto porcentaje de esta dádiva institucional y de la fortuna de la ahijada pasarán a manos de los charlatanes.

Lo del vals es un ardid todavía más aberrante: ¡Yo soy el pianista!, ¿lo crees?, yo, un empleado de Correos que apenas tie-

ne la habilidad para redactar una carta para su amante en una vieja máquina de escribir. Ya te imaginarás el talento musical que puedo tener.

Ahora, el hecho de que los padrinos envíen miles de invitaciones, es con la finalidad de reunir el mayor número de asistentes al vals. De esa manera, el evento tendrá mayor relieve y legalidad ante los interventores del Gobierno, y no habrá suspicacias en otorgar el beneficio a la apócrifa quinceañera.

Por desgracia, y esto es lo preocupante, los carteros que entregan los sobres rechazando la invitación, le provocan involuntariamente un desprestigio social y un importante deterioro económico al padrino, porque si no acuden un mínimo de cinco mil invitados a la fiesta de quince años, no tiene legalidad el acto.

Bety, te confieso que a últimas fechas he visto a Enriqueta avejentada, neurasténica y fea, y sumado a que en poco tiempo será rica por alquilar el segundo piano que piensa comprar, no sé si algún día me veré orillado a internarla en un asilo... En fin, ¿no te parece maravilloso?, así podría irme a vivir contigo a Madagascar.

¿Pero sabes?, tengo intención de cambiar de empleo por uno menos riesgoso. Por una parte el trabajo de pianista me gusta, y Enriqueta me paga bien. He improvisado vales que no suenan tan mal, pero por otra parte, me han cargado el trabajo de los carteros asesinados. Algunas veces he sido víctima de la furia verbal de los padrinos al entregarles cientos de cartas rechazando sus invitaciones. Es probable que haya más de uno de esos criminales resentidos que intente...

El joven bien usó, bien limpió y ocultó la daga ensangrentada en el periódico bien alistado bajo la axila, bien lo sujetó y bien salió de la Oficina de Correos.

PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA

ANA MARÍA GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ

De nacionalidad mexicana, tiene 45 años de edad, estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México y obtuvo el grado de Maestra en Procuración de Justicia en el Instituto de Formación Profesional y de Estudios Superiores de la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México. Trabaja como abogada penal. Obtuvo una mención honorífica en el Certamen Nacional Juvenil de Ensayo Político 2001 convocado por el Instituto Mexicano de la Juventud. Ha cursado talleres de creación literaria en la Sociedad General de Escritores de México y en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Le apasionan los temas sociales, las artes visuales, los viajes y el viaje infinito: la literatura.

EL SILENCIO, MI MADRE Y YO

Mi madre y el piano eran grandes amigos; todas las tardes, recogían los hilos de luz del crepúsculo que entraban por la ventana del salón y con los violetas, rosados y cobrizos, tejían sonidos que acariciaban al silencio.

Con dedos ágiles y decididos, ella armaba para mí melodías acogedoras, en las que me mecía lenta y plácidamente hasta entregarme al sueño. Seguramente en el futuro me parecería a ella, heredaría su talento musical y me uniría a su entrañable amistad con el piano que tocaríamos juntas, qué felices seríamos; eso le escuchaba decir constantemente y al expresarlo, su cuerpo se estremecía de orgullo y emoción.

Rodeado de planes y expectativas, arribó lo que ella había llamado el gran día, cuando emergí de su vientre. Muchas veces escuché decir a mi madre cuánto ansiaba verme, yo había imaginado que el primer instante en que nuestras miradas se encontrarían sería perfecto, pero me equivoqué. Ese día la percibí distante, ensombrecida por una inquietud que no comprendí, sino hasta mucho tiempo después.

Desde que nació, ella se perdió en la desolación, raras veces se acercaba a mi cuna; yo esperaba que me arrojara con su mirada como antes me envolvió con la ternura de su música, pero sus ojos eran dos precipicios a los que me daba miedo asomarme.

Con el tiempo, poco a poco, comencé a tener conciencia del cuerpo de los demás, de mi propio cuerpo y de mis

movimientos, un día me examiné, y entonces entendí. Mis manos no eran bellas como las de mi madre, tenían dedos desproporcionadamente cortos, deformes; eran casi como un par de muñones, incapaces de halagar a las teclas.

Entonces vislumbré que mi mejor amigo no sería el piano, sino el silencio, sólo él me había acompañado hasta entonces fielmente junto a mi cuna día y noche.

Sé que el silencio también se volvió acompañante perpetuo de mi madre, pues no escuché otra vez en la casa su risa, ni su voz diciendo mi nombre, ni tampoco más notas de piano. Creo que el silencio, reflejado en su propia inmensidad abismal, extrañaba a la música tanto como yo a mi madre, a la de antes, a la que esperaba con alegría mi aparición y que me mimaba con sus conciertos. Intuyo que el silencio llegó a inundar por completo la vida de mi madre y la acorraló, hasta el punto en que ella no pudo evitar escuchar sus propios pensamientos más profundos, ni pudo huir ya de sus más inconcebibles temores.

A instancias del silencio, que empujaba tempestuoso en su corazón, fue que una mañana, cuando ya podía sostenerme en pie y daba mis primeros pasos, de repente apareció mi madre y me cogió en brazos, me sentó sobre la tapa del piano y empezó a tocar.

Era una armonía desgarradora, en la que proyectó su ira, su decepción, su desasosiego. Atenta la escuché, únicamente cuando hubo terminado, me atreví a extender mi extremidad deforme, para tratar de palpar por un momento esas teclas a las cuales yo nunca podría hacer cantar. Al alzar la vista, me encontré con los ojos húmedos de mi madre, que por fin me recibieron con dulzura. Me levantó y nos unimos en un abrazo fuerte, el silencio, mi madre y yo.

SEGUNDA MENCIÓN HONORÍFICA

NORMA SUSANA ARGUETA HERNÁNDEZ

Nacida en la Ciudad de México el 22 de enero de 1967. Buscadora de la palabra para crear nuevos mundos. Ha participado en diversos escenarios como maestra, locutora de radio y productora de televisión; editora, autora de libros de texto, poeta, cronista, escritora. Recientemente diplomada en Creación Literaria por el INBAL. Ha sido reconocida en diversos medios por su labor literaria y académica. Es también fotógrafa y artista visual.

SILUETAS

Ellos no se conocen. Están desnudos y es media noche. Entre los pliegues de una cortina se distingue la silueta de una mujer. En la ventana de enfrente, la de un hombre. Él llega a su casa todos los días a la misma hora. Se descalza, camina a la cocina y engulle la cena fría. Enciende el televisor y se sienta frente a él, pero no mira nada. Está impaciente. Mira el reloj. Apenas son las once de la noche. Trata de concentrarse en las noticias. Mira el reloj otra vez. Once y diez. Cambia canales esperando que el tiempo pase más de prisa. Once treinta.

La ventana de enfrente está a oscuras. Llegará, sí, llegará como todas las noches.

Ella abre la puerta de su departamento. Se descalza y camina a la cocina para apurar las sobras de la comida. Toma un libro y recorre las páginas, intentando leer. Pasa varias veces el mismo párrafo sin entender nada. Inquieta, cierra de golpe el libro y mira el reloj. Faltan veinte minutos para las doce. Él no fallará.

Las doce de la noche.

Él apaga el televisor y se sienta en su habitación a oscuras. La luz de la ventana de enfrente se enciende y una silueta femenina se dibuja en las cortinas cerradas. Sabe lo que va a pasar.

Ella está ahí. Bebe una copa de vino mientras prenda por prenda se va desnudando. El ritual es lento, premeditado, toca su cuerpo, imaginando las manos de él. Siente su mirada como si estuviera ahí, provocando, humedeciendo, transpirando. De pie, frente a su ventana, finge no saber que él la mira.

Es la hora de la cita. Él se pone de pie y cierra las cortinas. La luz de la lámpara proyecta su cuerpo de hombre excitado en la tela blanca. La mujer de enfrente ha convocado de nuevo a su fantasía. Sabe que ella lo mira.

Una música imaginaria suena en la cabeza de ambos; cada uno, solo en su habitación, baila junto al otro. La piel de uno roza al otro, se aproximan. Un beso de aire flota de lado a lado y acelera la respiración, pero no hay prisa.

Ella se acuesta en la cama y cierra los ojos. Por un momento, se imagina la voz de él hablándole muy cerca, diciendo su nombre. Cada fibra de su ser se excita. Es como la voz de todos sus amantes, de cada uno de ellos, la mirada enfebrecida de un hombre deslizándose por sus contornos y una boca inexistente besando sus senos, abriendo su sexo.

Él está a punto, pero se contiene. Pareciera escuchar sus jadeos, sentir el sudor de ambos cuerpos. Frente a él, una mujer insaciable, irrefrenable, dispuesta a cumplir sus deseos. Imagina un tercero, una mirada gozando al mismo tiempo que ellos. Y la voz de ella diciendo cuánto goza, pidiendo más y más. Él, enardecido, se tiende frente a la negra silueta de ella, en su cama, la de él. Ella lo recibe. Derrama sus arrojos entre sus sábanas, las de ella.

Las manos de ella y de él son una danza de sombras, siluetas profanas que viajan de una ventana a otra, de un

cuerpo a otro, de una escena a otra. Ella y él, los solitarios, los de la cena fría, los desconocidos, se funden en un orgasmo de contornos dibujados en las ventanas, todos los días, a las doce de la noche.

En el ardor de la noche, ya no están solos. Él y ella se conocen los cuerpos, los abrazos, las bocas, los ojos. En la negra silueta de uno y del otro se tejen las nostalgias y las soledades. No se conocen el rostro, pero no hace falta. Se conocen el alma. Y una vez pasado el vendaval, él se abraza a la silueta de ella. Dos desconocidos descansan juntos, cada uno en la fantasía que se han creado para sobrevivir a la soledad de la noche.

La luz del día llega. La claridad de la mañana deshilacha las siluetas en el entretejido de las cortinas de cada habitación. Ella y él se despiertan, se calzan las pantuflas y beben café. Se perderán entre la rutina del trabajo y la ciudad, pero no están solos. La media noche vendrá. Siempre vendrá.

TERCERA MENCIÓN HONORÍFICA

FERNANDO SALAS VENTURA

Nació en Hanover, Estados Unidos, en 1982. Estudió la Licenciatura en Economía en la Universidad de Bard (2007). Es mexicano y estadounidense. Actualmente reside en la Ciudad de México, donde labora para una organización no gubernamental por los derechos de la infancia. En su trabajo como investigador ha colaborado en publicaciones sobre la situación de los derechos de la niñez en México. Ha publicado un libro de cuentos, *Concurso de sueños mexicanos* (La Tinta del Silencio, 2022). También es finalista del Premio Ariadna de Cuento 2021 y ha publicado cuentos en antologías nacionales: *Relatos de Encierro* (Librerío Editores, 2020) y *Corazones de Estambre* (ANSeR, I.A.P., 2021). En su tiempo libre ha realizado actividades comunitarias de fomento a la lectura. Actualmente escribe cuentos cortos con temáticas sociales inspirados en Elena Garro, Fernando Pessoa e Inca Garcilaso de la Vega.

LA ÚLTIMA EN SER LA PRIMERA

Verónica tomó el acordeón de las endeble manos de su maestro, y tocó lo que había preparado para conmemorar el momento más feliz de su vida. Poco importaba lo que dijeran los abuelos; ahora ella sería la cantora de la villa y formaría a las cuatro familias ahí reunidas con un cóctel de reformas que incluían nuevas melodías y letras más progresivas. Nuevos aires soplaban por las rancherías, como lo auguraba la presencia del apuesto instalador de la antena 5G que por fin dominaría la sierra.

La cantante deleitó al público con tres piezas del estilo local, y para cuando fue evidente que toda la noche se iban a estar tocando estas tonadas, el invitado se retiró para regresar con sus bocinas. “¿No te sabes una de estas?” preguntó ingenuamente, mientras presenciaba la primera vez que se oía un narcocorrido en ese perímetro. “¡Sí, tenemos la de Pepe Conchas!”, comentó un primo de Verónica con orgullo. “José Cuernos”, que relataba las andanzas del reconocido misógino de la casa del fondo, no formaba parte del repertorio que la guardiana del patrimonio cultural pretendía preservar. En su lugar, la intérprete tocó alguna melodía picante para complacer a su huésped, que no pudo evitar despedirse dos canciones después para seguir oyendo su música en paz.

Entonces pasó lo que no se había visto en los 300 años de tradición: uno a uno, los jóvenes fueron abandonando la fogata, independientemente de que la música y el ambiente fueran los mismos que siempre hechizaron a la comunidad entera hasta el amanecer. La ceremonia continuó con regularidad, pero la fiesta se mudó alrededor del celular de Efrén, donde la sangre nueva tuvo la oportunidad de expandir sus horizontes en torno al empleo de la violencia y la objetivación de la mujer. Vero no se dejó distraer por las carcajadas que infestaban sus interpretaciones, aunque por dentro fue taladrada por la duda de si le había parecido fea al “ingeniero”. El día más feliz de su vida terminó en llanto, y lo único positivo de esto fue que se trataba de lágrimas de coraje, de alguien dispuesta a dar la lucha.

La siguiente tarde, la artista salió a responder fuego con fuego: se plantaría en la puerta del técnico para llevarle una serenata que lo pondría de rodillas por no haber reconocido la riqueza de esta tradición y el encanto de su intérprete. En efecto, Efrén pausó sus actividades al oír el acordeón, y cuando descubrió a la música le dijo juguetonamente: “¿Nunca te cansas de siempre lo mismo?”, y entonces la invitó a ver una serie.

La bancarrota de su serenata hundió a Verónica en un periodo de depresión. De ahora en adelante su canto sólo sería otro más entre su propia gente; así se lo habían dicho los ojos de Efrén. Esta vez la cantante lloró de desesperación, como si un bebé de 200 años hubiera muerto en sus entrañas.

No tomó mucho para que todos adquirieran su celular y se cultivaran con las tonadas de Calibre 68. Uno de esos

días, el anterior cantor de la villa murió. Los mayores hicieron notar la coincidencia entre su desaparición y el estado de marginación de la tradición; “Definitivamente una mujer nunca debió haber usurpado ese puesto”, se decían. Verónica por su parte se sintió por fin liberada; inclusive dejó el polvoriento acordeón en manos de quien fuera su maestro. Después recitó unas emotivas palabras y regresó a grabar su *vlog* sobre series y películas, donde le esperaba una audiencia más numerosa y comprometida

CUARTA MENCIÓN HONORÍFICA

URIEL KAEDE

Nació en Tijuana, Baja California, en 1999. Estudió psicología en la Universidad Humanitas Campus Tijuana. A pesar de haber dejado de escribir por algunos años, nunca dejó de pensar en la razón fundamental de su proceder literario. Con el afán de honrar a su amada musa, ha comenzado a redactar nuevamente. Sus escritores predilectos son: H. P. Lovecraft y Bram Stoker.

REMEMBRANZA

Tormentosos recuerdos se ciernen sobre mí, como larvas que carcomen todo a su paso. Esta sensación de desagrado no se ha desvanecido ni habiendo pasado tantos ciclos ya, he comenzado a creer que ni deseándolo lo harán. Todavía era joven cuando la desgracia, atrofiando la tranquilidad de mi inconsciencia, me despertó inclemente para hacerme saber de mi precario existir. Sin antes haber escuchado sonido alguno, irritantes y asquerosos chillidos rasgaron lo que hasta ese momento había sido una apacible y silenciosa oscuridad. Oh, esas pútridas polillas, sí que las recuerdo bien. Pero no fueron ellas las que tanto pavor me causaron, sino aquel atroz y cegador fulgor que vino después.

El ingente resplandor me aturdió cual fría lluvia que cae de súbito. Traté de refugiarme como pude dentro de mis sépalos concéntricos, hasta que gradualmente logré diferenciar las cosas entre matices grisáceos. Mi limitada visión alcanzó a concebir aquello que tanto pavor me había generado. Me hallaba en el inhóspito rincón de un bullicioso bosque rodeado de flores, árboles e insectos que, por si fuese poco, parecían regocijarse de forma morbosa por el brillante astro encima de nosotros.

Aquel cuerpo celeste en el cielo se movía flemático hasta desaparecer y, cuando eso sucedía, surgía una estre-

lla menos brillante. Cuando esto pasaba, reinaba el sosiego en la floresta. Me fui acostumbrando a esperar esta última, pues no soportaba el algarabío de la temporada estival. Me repugnaba ver cómo se mecían los narcisos al soplar del viento, me daba grima oír las melodías que los tulipanes recitaban al unísono y, por demás, aborrecía cómo los lirios y su falsa pureza alababan el acaecer de tan “espléndido” ambiente climático.

Sin embargo, toda esa aversión desmedida no tardó en convertirse en pesada melancolía. Pues a diferencia de mis congéneres, fui el único que no abrió sus hojas al llegar la primavera. Muy a mi pesar, también deseaba florecer. Quizá era eso lo que impedía que sintiese dicha por la calidez otorgada por el cielo. Pero yo, quien era incapaz de diferenciar un pigmento de otro, no podía comprender el goce que aquello significaba. Muy por el contrario de mis semejantes, quienes parecían querer alzarse hacia la luz, en mí permeaba el anhelo de que mis raíces se enterrasen todavía más profundo en la oscura tierra.

Los días monocromáticos se entremezclaron en una vorágine de despropósito y amargura, consumiendo los atisbos apenas existentes de la savia que había en mí. Era como si me estuviese secando, algo irrisorio, pues no había florecido aún. Y con una acre desazón me cuestioné tantas veces, ¿por qué yacía sembrado en este mundo?

Las estaciones perecieron una por una, y le dieron la bienvenida al gélido invierno. El bosque se tiñó de una tonalidad que se asemejaba a la pureza, pero en su lugar palideció toda la vida botánica al contacto y las flores muertas fueron arrastradas por el viento con crueldad, como si

les cobrase factura por tanta dicha gozada. Aun así, sentí esa frialdad como algo familiar, porque mis cinco pétalos se abrieron en plenitud, mi tallo se estremeció un poco y mi cáliz agradeció con sinceridad el abrirse ante tal espléndido escenario.

Embriagado en ese color tan romántico, distinguí una sombra discrepante recogiendo cada flor marchita desde el suelo, aglomerándolas con suavidad en su regazo. Cuán grande fue mi extrañeza al percatarme que aquel espectro, quien parecía tan impasible y gélido, lloraba al recoger aquellas flores maltrechas. ¿Qué habían hecho ellas para merecer tanta benevolencia?

—¡Espera, llévame contigo también! —intenté llamar su atención antes de que se alejase.

La presencia cubierta de una niebla fúnebre y larga se acercó con lentitud, como si el tiempo fuese para ella no más que una ilusión mortal. Con gracia etérea se inclinó hasta mí y, por más que lo intenté, no pude ocultar mi turbamiento. Lleno de vanidad, creí que yo, la única de las flores que no palideció, tenía el mérito de ser tratado con la misma amabilidad.

—Yo no pertenezco a este lugar, algo está mal conmigo, ni siquiera sé qué soy, por eso, te lo pido —me detuve, pues en su mirada compasiva pude notar una exánime eternidad, tan sombría, lejana e ignota, que fui cautivado por la carencia de luminosidad en esos ojos muertos...

—Eres un eléboro, una flor invernal —musitó sosegada—. Rara aún entre tu estirpe, por tus colores lúgubres. Hermosa como ninguna, pero, ¿por qué parecieses desear marchitarte, aun cuando tus pétalos están en pleno apogeo?

—Si tan sólo con marchitarme puedo hacer que me lleves contigo, te imploro que me arranques de raíz. Pues incluso si me aferro a esta tierra, la pena y la congoja me harán desear escapar de ella.

—Oh, mi pequeño. La calidez que buscas, nunca la encontrarás conmigo.

—No es calidez lo que busco, sólo deseo un poco de tranquilidad —contesté ya sin ánimos.

—Has vivido lo suficiente para odiar tu vida —sus palabras sonaban tan maternales como inexorables—, pero no lo suficiente como para amarla. Escúchame, y recuerda esta sentencia: cuando hayas conseguido en este mundo algo que llene tu existencia, yo te lo arrebataré. Entonces sabrás que volveré por ti. Para cuando esto suceda, ya no querrás acompañarme. Y yo, aunque no pueda evitarlo, tampoco querré que lo hagas.

La oscura sombra acarició con suavidad mis heladas hojas y se desvaneció en aquella pálida noche de invierno. Fue en aquel entonces cuando encontré lo que tanto anhelaba, y que creí no podría encontrar. Por ello anhelo verle pronto, ya que en su condena hallé la respuesta: *Una beatitud perenne e inconsciente, a cambio de la ínfima vida que he de perecer.*

FINALISTAS

LIBRO IMPRESO

MARCO DE ALARCÓN

Nació en Huayacocotla, Veracruz. Profesor, por el Benemérito Instituto Normal del Estado en Puebla; Licenciado en Matemáticas, por la Normal Superior “Benito Juárez” de Cuernavaca, Morelos; Maestro en Tecnologías de la Información y la Comunicación, por el Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa. Su mundo gira de la enseñanza hacia la escritura de textos, desde que su mejor mentor lo escuchó contarle historias a su hija menor y se enteró de que el relato estaba siendo creado en ese momento, por lo que le invitó a escribirla y es cuando empiezan a emerger relatos de su mano. Ha participado en varias antologías como *Historias, cuentos y leyendas* (2017), *Entre el bosque, la niebla y las letras* (2019). Finalista en: Premio Ariadna de Cuento 2019; Huayacocotla, un canto a la vida 2020; Premio Ariadna 2020 (Antología digital); Escribir en la pandemia 2021; Premio Ariadna de Cuento 2021 (Antología digital); Vivir en familia, crecer en valores 2022. Su libro *De este mundo... y del otro* se publicó en 2021.

ALMAS EN PENA

Esa noche, empecé a escuchar ruidos, aunque ya estaba dormida, los toquidos me despertaron. Sonaban en la ventana, después en la puerta de la calle, pero lo peor fue cuando se escucharon dentro de la casa, hasta que finalmente, llegaron a la puerta de mi recámara, aunque tenía mucho miedo, tomé fuerza para decirle que lo iba a atender. Todo empezó desde que era pequeña, recuerdo que soñaba con gente que, aunque no conocía, me pedía ayuda. Pero no entendía lo que sucedía, por eso nunca lo comenté. Sin embargo, las cosas siguieron pasando. Lo peor es que me empecé a dar cuenta de que podía anticipar quién iba a morir, en sueños las personas se me acercaban, me decían que orara por su descanso. Peor aún era cuando me los encontraba en la calle. Sentir la muerte junto a ellos, saber que eran los siguientes en irse, me llenaba de angustia, de miedo.

Así pasó el tiempo, hasta que me casé. No sé cómo, pero mi suegra se dio cuenta de que era especial, que tenía un don, pero que vivía angustiada; y por el cariño que me tenía, finalmente, un día se lo platicué. Recuerdo que ella era muy amorosa, me abrazó y me dijo que me iba a ayudar. Así que me llevó a un lugar en donde me ayudaron a entender lo que sucedía, además de enseñarme cómo hacer para bloquear esa situación, porque yo no quería vivir eso.

De esa manera, me quité de encima esa sensación tan fea de saber quién iba a morir, pero desafortunadamente, si la persona pasaba cerca de mí, seguía sintiendo esa vibra que lo indicaba, me angustiaba un poco, pero ya no sufría tanto como antes.

En ese lugar me dijeron que tenía un aura muy luminosa y que por eso las almas en pena me encontraban, que eran ellas las que tocaban a mi puerta y que debería apoyarlas para cruzar haciendo oración, que no tuviera miedo, que las ayudara. Entonces, poco a poco, me fui acostumbrando a esos eventos.

Se acercaban a mí por la noche, con visitas a mi casa, tocaban a mi puerta y, sin decir palabra, sabían que ya estaba enterada; entonces, en sueños me revelaban todo, algunos sólo me decían su nombre y me suplicaban que hiciera oración por ellos; otros, además de eso, me llevaban a sus casas, a conocer a sus familias, veía cómo en esos hogares, aunque ya hubiera pasado mucho tiempo, seguían sufriendo por la pérdida de ese ser amado.

En varias ocasiones, por casualidad, llegué a estar con alguna de esas familias y, sin querer, se me salía decirles detalles de sus casas; al estar seguros de que era mi primera visita, se asombraban de que lo supiera esas cosas, íntimas para esa familia. Si se generaba la suficiente confianza, incluso les platicaba de su familiar y les recomendaba que ya no lloraran por él, porque eso era lo que no los dejaba continuar su viaje, los detenía pensando en nuestra dimensión.

En muchas ocasiones, la persona de la que hablaba llevaba mucho de fallecida, por lo que no había forma de que la conociera o supiera de ella, pero yo podía describir-

los, decirles cómo vestían, qué les gustaba y todos los datos que ellos me revelaban, muchos se admiraban, pero a otros, les daba miedo.

No obstante, tenía que continuar con mi misión, pues si no les hacía suficiente oración, había ánimas que se enojaban y se ponían violentas, tocando mis puertas con rudeza, entrando a mi habitación, tirando todo lo que encontraban a su paso. Sí, hubo almas que costó mucho trabajo ayudar, algunas, se iban rápido, pero otras tenían que padecer lo necesario, por eso se tardaban en cruzar. Por ello siempre debía tener su altar con flores blancas, con veladoras encendidas y hacerles su oración.

También era gratificante saber cuándo había logrado el cometido, pues antes de irse, regresaban a darme las gracias; muchas de ellas, me comentaban cómo era el lugar al que llegaban, cuánta paz los esperaba y lo hermoso que era. Entonces sentía una gran tranquilidad en mi ser, mucha felicidad.

Un alma que cruzó muy rápido fue la de mi suegra. Ella estaba en la capital, muy grave de salud y yo, desde el rancho, supe cuando ella dio su último aliento. Empecé a prepararme, sin decir nada, porque a mis cuñadas nunca les agradó el gran cariño que me tenía. Cuando recibieron la noticia, se consternaron demasiado, pero tenían que empezar a preparar la casa antes de que el cuerpo llegara.

Cuando finalmente arribó, mis cuñadas ya tenían la ropa que le habían escogido para su último viaje, yo quise ayudar a vestirla, pero no me lo permitieron. Sin embargo, mi suegra me consiguió el permiso, pues cuando la estaban arreglando, empezaron a sentir cosas raras, les daba esca-

frío. La gota que derramó el vaso fue cuando la mano de mi suegra agarró a una de sus hijas, todas salieron corriendo de la habitación, fue entonces cuando pude entrar.

La empecé a vestir mientras hablaba con ella, pronto sentí cómo su cuerpo se soltó, se puso flojito para que pudiera ponerle el vestido que más le gustaba, la maquillé y cuando terminé, avisé a sus hijas. Entonces los hombres entraron para meter el cuerpo al féretro y empezar a hacer los honores, desde allí ya no me separé de ella. Al otro día, la costumbre del lugar dicta que hay que gritarle al ánima que ya se iniciará el recorrido hacia el panteón y cuando se estaban organizando para ver quién lo hacía, les comenté que no era necesario.

En ese momento, el alma de mi suegra me tenía agarrada del brazo, lista para recorrer el último trayecto; comenzaron a sacar todas las flores, los hombres cargaron el féretro y yo empecé a caminar con ella en esa procesión, claramente sentía el peso de su cuerpo recargado en mi brazo, como cuando caminábamos juntas en vida, así salimos hacia su última morada y justo cuando estuvimos allí, sentí como ese peso que me acompañaba se desvaneció, dejándome completamente tranquila, satisfecha de despedir a una gran persona.

Así, después de tantos, años continuó con mi misión, ayudando a cruzar a las ánimas que recurren a mí, dándoles el tiempo necesario para que terminen su estancia y finalmente puedan llegar al más allá, esperando que algún día, yo reciba el mismo trato.

ÓSCAR SANTIAGO ARELLANO FLORES

Del autor podemos contar que nació en Monterrey, en 1988, año bisiesto que inició en un día viernes. Mismo año que marcó a esta ciudad con el paso del famoso huracán Gilberto. Es el primogénito de una familia conformada por dos hermanos y una hermana. Su madre, siendo una dedicada ama de casa, después de hacer a un lado el amor que profesaba por su esposo, consagró su tiempo completo a la crianza de sus hijos. Su padre fue campesino, obrero y vendedor, después de partir a realizar una misión que se volvió eterna (de la cual aún no ha vuelto). Impulsado por una vocación de servicio, cursó estudios de Criminología en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Su inquietud por el conocimiento lo hizo interesarse en una invitación para participar en un taller de escritura creativa. Poco a poco, desarrolló el gusto por la literatura y se inició en la escritura de textos. Algunos de los autores que lo han inspirado son Jane Austen y Edgar Allan Poe.

UN ATARDECER BRILLANTE

Cada vez que puedo, me detengo en este rincón de la cafetería para observar el atardecer. Es el mejor lugar en toda la Tierra para hacerlo. Hoy, por ejemplo, ha sido un día claro, iluminado por el sol, con nubes blancas que a veces lucen cual algodones de azúcar de los que quisiera comer un pedazo y otras, forman figuras de animales: perros o dinosaurios, ¡bendita pareidolia! Conforme el sol se va ocultando, el cielo se tiñe de tonos rojizos y anaranjados, que lo hacen parecer sangrante, como si hubiera librado una batalla para no sucumbir ante el anochecer.

En cambio, un ocaso nublado me invitaría a reflexionar sobre mis acciones y, de vez en cuando, en mis travesuras. Cuando el crepúsculo se ve oscurecido por nubes negras, espero con nostalgia que caigan las gotas de lluvia, porque me hacen evocar mi infancia, aquellos tiempos cuando corría a mojarme y no me preocupaba de nada.

También observo a las personas que, como cada atardecer, reflejan en sus rostros o en su modo de caminar, sus sentimientos y necesidades, aunque traten de ocultarlos detrás de sus propias nubes. Me distraigo en adivinar qué les pasa, qué les angustia, qué les haría felices, si se les hizo tarde o van a una cita de amor. Como esos dos jóvenes, hombre y mujer, que llamaron mi atención cuando chocaron por accidente, produciendo el relámpago antes de la tormenta. Apenas se vieron y en un instante intercambiaron palabras

de disculpa, pero yo los miré con atención y creo que algo podría pasar entre ellos que haría surgir la chispa del amor, que será el inicio de una historia.

Hoy, podría haber sido un día como cualquier otro en la universidad, pero Miriam y Marcos, que así se llaman, cruzaron sus caminos por casualidad; ni siquiera pudieron observarse bien, pero eso bastó para provocar una fascinación entre ambos. Jamás olvidarán ese momento que ha quedado marcado en los dos.

En el aula, mientras se esfuerza por prestar atención en su clase, Marcos se pregunta: “¿Será ella la persona indicada para mí? Su mirada me gustó, me ilusionó... Más bien, me estoy alucinando, tal vez ella sólo volteó a verme porque estoy un poco despeinado, como de costumbre, y ya estoy pensando que hasta le agradé, que se enamoró de mí. O... quizás sí, ¿por qué no?, modestia aparte, sí que soy apuesto... ¿Volveré a ver a esa chica?”, se dice, sin poder reprimir un suspiro que le brota desde el corazón al recordarla.

Al mismo tiempo, del otro lado del campus, Miriam disimula una sonrisa que ilumina su cara y piensa: “Ese chico estaba un poco despeinado, pero es guapo y me gustó. Nuestras miradas se encontraron cuando tropezamos, como en cámara lenta. ¿Será el destino que este día teníamos que coincidir?... No, no lo creo, pasó sólo porque yo venía tarde a la clase y no me fijé por dónde caminaba. ¡Ay!, ya me estoy haciendo todo un drama de telenovela: ‘Él es mi príncipe azul, mi caballero que me rescatará del dragón’... sí, ¡cómo no!’”; y sigue sonriendo mientras dibuja corazones en su libreta.

El destello que hubo entre ellos fue fugaz, como el de

un cometa que cruza por el cielo nocturno y al que rápidamente se le pide un deseo, pero fue suficiente para que desde ese instante sus miradas conectaran, que la electricidad de un rayo pasara a través de ellos. Yo vi en sus ojos que esperan al amor y sé que pronto se volverán a reencontrar.

En este momento, ustedes se preguntarán cómo es que estoy tan seguro... pues porque yo soy, nada más ni nada menos que... bueno, se los voy a explicar más fácil: lo estoy porque yo ya me encargué de flecharlos.

JOSÉ ÁNGEL ESCARPETA SÁNCHEZ

Nació en Veracruz, Veracruz, en 1955. Estudió la Licenciatura en Letras Españolas, una Maestría en Letras Mexicanas y el Doctorado en Estudios del Lenguaje y Lingüística Aplicada en la Universidad Veracruzana. Desde su egreso, se ha dedicado a la docencia. Actualmente trabaja en la Facultad de Idiomas (UV).

Obtuvo el primer lugar con el cuento “El poder de Quetzalcóatl” en el Concurso Nacional de Literatura ISSSTE (2016). “La parcela de tío Toño” es otro cuento seleccionado para publicarse en la antología *Nadie ve, todos saben. Cuentos con enfoque social*. (Universidad Iberoamericana León, 2017). Otro cuento próximo a publicarse es “La mujer” que también fue seleccionado, en el concurso convocado por Ediciones Cleta. Está incluido en la Antología del I Premio Internacional de Relatos “Ciudad Heroica de Veracruz”, con el cuento “Marilyn, la reina del carnaval jarrocho”. Su escritor mexicano favorito es Juan Rulfo. También son de su agrado otros autores como Rosario Castellanos, Elena Garro, Carlos Fuentes y Luis Arturo Ramos. Trabaja en dos proyectos: el primero es un libro de cuentos y el segundo, dos novelas, una de ellas ya concluida.

REPETICIÓN

La luz dorada de un sol moribundo entra por la ventana de la sala, no se escucha ningún ruido. Todos los muebles se encuentran acomodados como si estuvieran esperando que el telón se corra. En el sofá de la esquina, casi en penumbras, está María del Pilar. Teje un suéter gris; sus manos se mueven con rapidez, como si tejiera sueños, mientras su mirada se pierde en el infinito. La puerta de la calle se abre intempestivamente, entra Estrella, viene sonriendo; al ver a su tía corre a abrazarla:

—¡Tía Pili!, ¿pero qué haces ahí, arrinconada?

La luz del atardecer, anémica, se arrastra por el quicio de la puerta, a diferencia de la luz que entra por la ventana, ésta es más cálida, más brillante.

—¡Ingrata!, ¿por qué no habías venido a verme? —le reclama con cariño.

Las manos de las dos mujeres se confunden amorosamente, son una sola, diferenciándose únicamente en las manchas cafés que tiene la piel de María del Pilar.

—Estoy en exámenes semestrales. —Se sientan juntas, se miran a los ojos, parecen madre e hija. Estrella exclama más por los ojos que por la boca—: ¡Me caso, tía, me caso dentro de un mes!

María del Pilar había dicho las mismas palabras hacía muchos años antes y no se casó. Como si reviviera ese tiempo le pregunta lo mismo que a ella también le cuestionaron

sus padres:

—¿Y la escuela?

Esa sonrisa retadora, esa luz del sol de verano que ahora Estrella tiene en sus ojos, todo eso lo había vivido la joven María del Pilar. La historia se repetía. ¡No, no, no!, su adorada Estrella no viviría el mismo dramático final que ella vivió. Se quedó pensativa y los sentimientos de odio y venganza resurgieron. La hermosa y aristocrática María del Pilar era novia de Fito, el joven que acababa de concluir sus estudios de Derecho en la UNAM. Pronto se casarían, murmuraban en el pueblo con cierta envidia. La voz de la sobrina la trajo al presente.

—¡Ay, tía, olvídate de todo y cambia esa cara! Tienes que teñirte el cabello, maquillarte, comprarte vestidos de colores alegres. Mamá está que no cabe de orgullo.

Estrella la acercó a la ventana mientras acariciaba su rostro, tratando de hacerla sonreír. María del Pilar vio las calles del pueblo que siempre habían sido igual, tal vez más viejas, más enjutas por los soles de mediodía. La vida es como el transcurrir del día y la noche, amanece, sale el sol, llega el atardecer y luego la oscuridad nocturna. La vida no es lineal, es circular. Otra vez, como una pesadilla recurrente, su memoria la transportó a la tarde en que Fito la acompañó a la última prueba del vestido de novia. Doña Alicia, la costurera de las novias del pueblo, vivía cerca del río, rodeada de árboles de mangos que se multiplicaban hasta llegar a un pequeño cerro cubierto de pasto suave. Hasta ahí habían llegado Fito y ella aquella tarde, un mes antes de la boda. Era la prueba final con la costurera. Mientras doña Alicia le hacía algunos arreglos al vestido, Fito le

pidió a la joven que cerrara los ojos y se dejara conducir por él. María del Pilar lo amaba tanto que lo siguió sin escuchar internamente los principios inculcados por su familia. De la misma manera, tampoco quiso escuchar los comentarios negativos que sus padres decían del reciente abogado egresado de la UNAM. Todos mentían porque envidiaban su felicidad. Se recostaron en el pasto y ella abrió sus lindos ojos color miel virgen —arriba, las nubes formaban múltiples figuras: un gato, un volcán, una serpiente, un monstruo, una sirena, un hombre y una mujer agigantados y fundidos en un abrazo—, y volvió a cerrar sus ojos como había cerrado sus oídos. Allí, Fito le pidió la prueba de amor, total, faltaba muy poco para casarse. Y se abandonó a los besos de él. Cuando volvió a abrir los ojos, el aire había dispersado las nubes, el azul del cielo era casi negro y las sombras de la noche se desperezaban. De regreso con la costurera, él no habló; María del Pilar sintió el silencio como el aire que anuncia la lluvia. Él volvió a la capital el lunes siguiente y ya no regresó. La tía vuelve a la realidad.

—¿Y tu vestido? Te llevaré con doña Alicia, ella hace hermosos trajes de novia.

Otra vez el recuerdo como la víbora que se muerde la cola. La gente comenzó a murmurar que a María del Pilar la dejaron como novia de rancho. Se encerró como si estuviera tapiada. Las piedras de la calle de San José Apitztlí eran filos cortantes; el aire, miles y miles de voces chillonas. Todo el pueblo se unió para convertirse en una sola cabeza: la de Medusa. Las risas de hombres y mujeres que pasaban enfrente de su casa las oía como si fueran silbidos de serpientes. Pero lo peor llegó más tarde, cuando el visitante men-

sual no se presentó. Su padre la golpeó, su madre la obligó a no salir de su recámara. María Estela, su hermana, le negó el habla. Una tarde, el viejo médico de la familia entró a su recámara y, asistido por María Estela, la sedó. Al despertar, estaba completamente vacía, sin su hijo y sin amor de nadie. La hermana se disculpó alegando que tenía a la pequeña Estrellita. Sería un mal ejemplo que tuviera una tía convertida en madre soltera. La voz de su sobrina la devolvió al presente.

—Yo no quiero un traje elegante, lo que deseo es casarme con Federico.

—Te entiendo, hija. Y no olvides que el amor es lo más importante. Quizá lo único que vale en este pueblo.

Fito volvió, años después, casado. Nadie le reprochó nada. En cambio, ella tuvo que vivir enclaustrada para toda su vida, dar un paso fuera de su casa implicaba morir despellejada.

—Vamos, tía, no vayas a ponerte triste. Olvida el pasado. No quiero que sigas atormentándote con recuerdos dolorosos. Esta vez sí habrá boda.

Nadie la comprendió, ni siquiera sus padres. La soledad fue su única amiga; la única que la vio arañar su cuerpo en noches de calor o convertirse en ovillo cuando el frío se metía en sus huesos. ¿Por qué otras sí habían sido felices? La historia siempre se repite, su abuela lo decía.

—Voy a buscar un chal y te acompañaré a casa de doña Alicia. Elegiremos un hermoso modelo. ¡Ah!, pero para la prueba final ya no iré yo, que te acompañe Federico.

MANUEL GÓMEZ MORENO

Nació en Lagos de Moreno, Jalisco, en 1960. Estudió la carrera de Ingeniero Químico en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad de Guadalajara. En el 2019 se jubiló como jefe de Laboratorio en la empresa Sigma Alimentos. “Ingeniero de profesión, cuentista como afición”. Su trabajo ha sido reconocido en varios Concursos Literarios, entre ellos, le otorgaron un premio por el primer lugar en el año 2009 y dos menciones honoríficas en las ediciones 2003 y 2018, en el Certamen de los Juegos Florales de Lagos de Moreno. También obtuvo el segundo lugar en el Concurso de Cuento Pasión por mi Ciudad, convocado por el CULAGOS de la Universidad de Guadalajara, en el 2010 y cuyo trabajo fue presentado en la FIL de Guadalajara de ese año. Seleccionaron dos de sus cuentos como finalistas en el Premio Ariadna de Cuento 2019 y 2021. En el año 2021 salió a la luz su libro de relatos *La Parca, esa huérfana guasona. Cuentos Confinados*. Está por publicarse uno de sus cuentos finalista en el Concurso de Cuento convocado por Editorial Cleta.

LAS “DECISIONES” DE ÉDER

—Abuelo, soy Éder. Sé que me escuchas —dijo el hombre, mientras recorría la habitación con la mirada, observando las lámparas sobre los burós, al lado de una cama para enfermos; mangueras, aparatos, la botella de suero colgando de un tripié; más allá, los ventanales cerrados y, a lo lejos, los autos perseguidos por los demonios.

”Perdona si oyes que tiemblo al hablar, las emociones que revolotean en mi alma espantan a la cordura, a la entereza. Tal vez no fui buen alumno, abuelo, ¿o será porque me duele tanto verte, vernos, en esta situación tan difícil, tan triste?

Con delicadeza, el hombre acarició la mano de don Manuel y cuando tocó los huesos bajo la piel reseca y miró el brazo lleno de cardenales, un escalofrío le cruzó como relámpago por todo su cuerpo. Éder se sentó en el borde de la cama y observó el rostro demacrado, la barba crecida, las arrugas que el tiempo había trazado en la cara del abuelo. “Y yo también puse surcos en tu frente con mis decisiones y mis actos absurdos”, reconoció, y el agobio se asomó por sus ojos. “Igual, yo le sumé penas a tu alma. Tú me entiendes”, pensó, como si el anciano pudiera leer su mente.

—Abuelo, a pesar de mis tonterías, ¿todavía me amas?
—Preguntó al aire, y enseguida añadió—: Don Manuel, soy yo, tu nieto. Soy el ingrato arrepentido, el descarriado que

regresa al hogar donde fui criado con tanto amor, un amor entregado a raudales por el hombre más generoso que ha existido jamás. Porque, ¿sabes, abue?, tantos años distanciados no me han hecho olvidar que soy el mismo que consolaste con tus arrullos. Tampoco he borrado de mi corazón la certeza de saber que tú eres no sólo mi abuelo, sino mi padre y mi madre: Entendí que si pude sobrevivir a la orfandad, fue gracias a la devoción que pusiste al protegerme; y al empeño amoroso en sacarme adelante y enseñarme sobre las cosas de este mundo.

No tuvo respuesta, sólo oía una respiración pausada, rítmica, profunda, y el sonido amplificado de un corazón marchito. El nieto suspiró. Giró la cabeza para mirar por enésima vez aquella pieza, el ambiente, aunque aséptico y con clima controlado, lo instalaba en la desolación, al momento. “Aquí falta una presencia divina”. Y pensó en lo injusta que era la vida porque, a su juicio, don Manuel no tendría por qué estar padeciendo de esa manera.

Cuando se enteró de la caída, si bien especuló sobre la gravedad del accidente, sí vio el pretexto para buscar la reconciliación y retornar al buen camino que su abuelo le había enseñado a cada paso, con hechos, con su forma habitual de vivir.

—Esa ternura, ese cariño con que me tratabas, me hicieron adorarte —casi en murmullos, siguió hablando de su pasado con el fin de prolongar el momento del adiós—. Y pronto me convertí en un joven de bien. Sólo que, luego, me lancé por el camino de los resentidos, confiné los valores que había aprendido de ti y me dediqué a llevar la ira a ras de corazón. Ya sólo pensaba en hacer daño, y en cada

maldad que cometía, creía descuartizar al hombre que me negó su amor.

”¡Cuánto lo odié, abuelo! —dijo luego de unos segundos tensos en los que buscó las fórmulas del desahogo y cerró los ojos con fuerza, recargó la mandíbula en el pecho y hurgó en la memoria para sacar de una buena vez todo el dolor, la rabia y los sentimientos de abandono y de la maldita culpa—. Sin embargo, el rencor provocó que también renegará de ti: desquité mi coraje, insultándote con mi lengua de víbora traicionera; te usé para vengarme del sujeto que me engendró y que nunca me quiso.

”Menosprecié tu cariño desde el día que me enteré de mis orígenes —añadió, a pesar de que el tic-Tic-TIC le era cada vez más insoportable—. Sí, me alejé de tu amparo cuando me revelaste que tú eras el padre del infeliz que me dejó huérfano de tajo, rechazándome desde el instante mismo en que abrí los ojos, para encontrarme con la soledad y el desamor. Él no quiso saber nada de mí porque me acusó de la muerte de mamá —hizo una pausa; tomó un pañuelo desechable de una caja sobre el buró y limpió con suavidad el rostro apacible del anciano—. Y tú me confesaste la verdad: ella murió en el parto a causa de una negligencia médica. Así me lo contaste, trece años después de mi amargo nacimiento, ¿recuerdas?; hace ya más de veinte.

”Entonces, me entró la decepción —la voz de Éder provocó que el desconsuelo pesara toneladas y aflorara el llanto, silencioso, lento—. Perdí la fe en ti, ya no eras el héroe que por las noches de tormentas eléctricas me salvaba del monstruo cuando pequeño. ¡Ya no eras el superabuelo que yo tanto admiraba, sino el papá del mismísimo demonio!

”El cielo me castigue, don Manuel. —Añadió—: En lugar de besar estas manos que tanto me dieron, abuelito, sólo me ocupaba en herirte. Por eso, ¡cómo me burlaba de tus sueños, de querer dejar huella con tus ‘textos literarios’! Así los llamabas, ¿no?, de esa manera tan... pomposa. Y yo escupía en tu rostro que sólo eran cuentos locos de aficionado, sin chiste, que no servían ni para matar el tiempo: ‘Chochazos de vejestorio inútil’, te decía. Y me reía de ti, de todo lo que realizabas, de tus ideas, de tus creencias.

”He de parecer un drogadicto, un alucinado que habla con fantasmas, don Manuel —señaló el hombre, adornando el comentario con una sonrisa leve, amarga—, más bien, sé que estás oyendo lo que debí de haberte dicho hace tiempo, confiado mi pesar, mi desilusión, mis temores. Ahora tengo la certeza de que ya estabas al tanto de ellos, conocías mi alfa y mi omega porque podías entrar hasta el fondo de mi alma.

”En fin, mi viejo, al ver que tolerabas mis sarcasmos, te arrumbé en la soledad de tu casa el día que pude volar sin tu ayuda. ¡Imbécil de mí!, pensé que con eso sí me cobraría la indiferencia con que tu hijo me marcó. Perdón por mis errores, don Manuel, por renegar de ese cariño tan grande, tan amor de abuelo. ¿Cómo fui capaz?, si eres tú quien consagró su vida para que yo pudiera respirar, si eres quien hizo de mí un buen hombre No es culpa tuya que por años haya perdido el rumbo, eso fue gracias a mi inmadurez y a mi estulticia —reconoció.

”¿Sabes, abue?, estoy en paz con mi padre; ya no le guardo rencor. Cada quien elige y asume las consecuencias. Cada uno decide si las circunstancias lo determinan o si in-

tenta transformarlas a su favor. Mi padre habrá encontrado maneras de vivir sin culpas, supongo.

”Y, aunque ya nunca sabré si tú y yo nos pudimos reconciliar, cuando me enteré de que habías resbalado por las escaleras de tu casa, y me sentí huérfano de nuevo, corrí para venir a verte y rogar que me perdonaras; que me abrazaras con esa calidez tan tuya; mas ya no fue posible, en la caída te rompiste cuatro vértebras cervicales, el fémur derecho y en tres distintos puntos la cabeza. Y entraste en coma.

”Tal vez te quedaste dormido para no mirarte así, sin poder hablar, sin mover tu cuerpo. Pero ya han pasado semanas desde el accidente y hasta los médicos mataron ya mis esperanzas. Me piden autorización para desconectarte. Sé bien que aprobarías mi decisión y que harías lo mismo que yo. Bien sé que estarías de acuerdo en que ya te deje partir, abue, para que así logres lo que siempre aspiraste alcanzar, a través de tus ‘textos literarios’, tus cuentos locos: ¡Trascender!

RUTH GORDILLO MOSCOSO

“...Mamá sentaba a mis cinco hermanos en su cama, y a mí en su regazo. Recuerdo los ojos expectantes. Mi historia preferida era la de una esclava negra, de mirada espeluznante, quien al momento de peinar a su señora, le hundía un largo alfiler en la cabeza, un simple hechizo para convertirla en paloma. Al terminar, todos debíamos ir a dormir, yo no quería, lloraba para que siguiera tejiendo historias con su boca...”

Potosina de corazón. Actualmente reside en la ciudad de Querétaro. Estudió la Maestría en Arte Contemporáneo de la UAQ. Recibió el premio Endira 2016, FIL Guadalajara, por su cuento “Piel de árbol”. Publicó la novela *Ese tiempo que no se siente* (ParTres, 2019). Sus cuentos forman parte de las antologías: *Dirty Silk* (Endira, 2016); *Letras para el abismo* (ParTres, 2020) y *Cuentos con tierra* (Freire Cah, 2021). En 2022, su cuento “Intrusas” fue seleccionado para formar parte de la *Quinta Antología de Escritoras Mexicanas*. Fundadora de tres clubes de libros. Férrea practicante del yoga, la lectura y de largas caminatas con su perro.

AMORES GATOS

Alguien tira la puerta de tanto golpe. Abro y asomo la cabeza. Parada en el umbral espera, sus ojos de paloma me miran inquisidores.

—Vecina, busco al Morrito, ¿anda por aquí? Tiene dos días desaparecido, me empiezo a preocupar. Y ya te imaginas, la Michis insoportable, le llora todo el tiempo.

—¿Qué cosa?... Aquí no hay nadie —contesto al sentir mi cerebro vibrar como gelatina.

—Perdón, es que como siempre viene a ver a tu gata. —Se da cuenta de que en una mano tengo la botella y en la otra el vaso— ¿Otra vez te dejó plantada? Hum...no te conviene, reina. Tú de familia tan decente, estudiada y sufriendole a ese desgraciado.

Se alza en puntas para aguzar su mirada sobre mi hombro y ver cuantas botellas vacías alcanza a contar.

—Es muy temprano para estar tomando, ¿no crees? —dice con su cara de comadreja, como si descubrirme le diera derecho a aventarme un sermón.

—¿Temprano? ¡Ándale sí! Muy temprano para que estés chingando. Y te aviso que no he visto a tu pinche gato —empujo la puerta, ella mete su chancla evitando que pueda cerrar.

— ¡Calmada, ya me callo!, pero, por favor —suplica—, si lo ves te lo encargo, sé que las visita seguido.

—Yo también lo sé. Y te advierto que si lo veo no respondo. Ya te pedí que capes a ese infeliz. Nada más viene a hacer sus gracias.

—Si la Tencha hablara te diría que le encanta. —Apachurro con fuerza el pie atravesado para que lo quite y se largue— ¡Si le pasa algo al Morrito no te la vas a acabar, borracha de mierda! Y de perdida vístete, no te vayas a enfriar —el portazo calla su alarido.

Al dar la vuelta resbalo con la estúpida bata de seda con la que me pide esperar.

—¡Carajo! — aterrizo sobre el vaso, los vidrios se clavan en mi palma.

La sangre escandalosa escurre, vierto tequila en la carne abierta que arde como fuego, encuentro mi tanga que dejé en el sillón y me hago un torniquete en la mano, a tropezones subo las escaleras para conseguir algo con que curar la herida.

Apenas entro al cuarto y los encuentro: el Morrito viéndola fijamente y la Tencha con los ojos de virgen en éxtasis. Escuchan mi llegada y corren a ocultarse.

—¡Condenado!, ven acá, ¿Qué no te llenas con la que te espera en casa, tienes que venir a joder a la vecina?, ¡¿Y tú, Tenchita, no captas que sólo te busca para divertirse, que después de coger se irá con su gatita la novia oficial?!

Desnuda y con la mano ensangrentada, reclamo cordura al par de gatos calenturientos escondidos bajo mi cama. Siento dolor, la sangre escurre, con la resaca que me cargo hasta olvidé a qué subí.

—¡Infeliz animal! Llegó tu hora. ¿Dónde están? — Agarro las tijeras que guardo en el buró. No cejo en mi in-

tención de cortarle las bolas que sólo sirven para desgraciar vidas.

En el piso me pongo de rodillas y me asomo. El Morrito se eriza, pero las ganas son muchas y salta sobre su presa.

Me empino más, extendiendo los brazos en mi afán por alcanzarlo.

—¡Uy, el cielo con este recibimiento! No gritos, no quejas ¿Qué te cuesta esperarme así, con tu mejor cara?

Ni siquiera me da tiempo a levantarme, en segundos se ha bajado los pantalones.

Tiemblo completa. Miro las garras del Morrito rasgando el lomo esponjado de la Tencha que ya nada hace. Mansamente cierra sus ojitos. La pobre.

Intento incorporarme, la embestida es brutal. Sus manos me recorren desde las nalgas hasta el cuello, aprieta lo necesario para saberme sumisa.

Aúllo de placer tirada a mitad del cuarto, indefensa desisto, igual que mi gata.

ISRAEL JIMÉNEZ FUENTES

Originario de Puebla, nació en 1990. Cursó sus estudios de preparatoria en el CBTIS 184, ubicado en Izúcar de Matamoros. Actualmente vive con su familia en San Juan Raboso. Sus pasatiempos favoritos son la lectura y la escritura. También tiene amor por la música, en algún tiempo formó parte de la banda de rock Bulbozoom, donde tocaba la guitarra eléctrica. Participó en el Premio Ariadna de Cuento 2019, quedando como finalista. Sus escritores favoritos son: Stephen King, Edgar Allan Poe, H.P. Lovecraft, J.K. Rowling. Actualmente escribe un libro con cuentos de terror, suspenso y fantasía. Espera publicarlo en breve y formar parte del mundo de la literatura.

LA CASA BIDIMENSIONAL

Camino con brío por la calle, el día fue largo y cansado, pero eso ahora ya no importa, por fin estaré con ellos. El cielo se mantiene lleno de estrellas como un pizarrón con tachuelas brillantes, lo prefiero así, pronto entraremos en los meses de lluvias.

Estoy en mi hogar: la casa de dos pisos que mamá me heredó. Es una construcción que fue tomando forma poco a poco, con sacrificios y trabajo, pintada en un color carmesí con márgenes azules.

Atravieso el patio entre macetas con plantas que esperan el calor del amanecer. La escalera de caracol me lleva a las habitaciones de arriba, mi familia y yo lo respetamos así, acordando dejar la casa de abajo para los muebles y recuerdos de mi difunta madre. A decir verdad, con el espacio que tenemos es suficiente, es acogedor.

Es una noche de viernes, el reloj en la pared marca la misma hora. Mi Julia prepara chocolate de agua y huele delicioso. Yo traje pan del que le gusta. Ella luce hermosa con su cabello peinado en una larga coleta. Me encanta el rubor de sus mejillas en su blanca piel. El corazón me palpita acelerado en una inmensa alegría. Daniel juega en su habitación y con sus dinosaurios de juguete imita rugidos ligeramente furiosos. Es un niño con bastante imaginación.

—¡Papá, ya llegaste! —Dani me recibe con emoción y corre abriéndome los brazos.

—¿Cómo estás, campeón? —sostengo su pequeña nuca y percibo el aroma de su cabello, apenas lo bañaron, me invade el penetrante olor a mora azul.

—¡Papá, papá, ¿me compraste una dona de chocolate? —me pregunta, aunque sabe la respuesta.

—¡Claro que sí, Dani! ¿Creíste que se me olvidaría? ¡Eso jamás! —respondo y le devuelvo una sonrisa serena a mi niño.

—Siéntense. El chocolate está listo, amor. —La voz de Julia es tan dulce como los labios que articulan sus palabras.

—¡Te ves hermosa, amor! ¡Me fascina como luces con ese vestido negro! —mi mujer se ruboriza y me revive el rostro con su finura.

Todos nos sentamos para pasar un momento en familia. Pongo el pan en el cesto y lo coloco en el centro de la mesa; platicamos sobre cómo nos fue en el día, me grabo las expresiones que tienen en sus caras cuando terminan de hablar. Mi amada esposa me lanza esa mirada jubilosa que irradia brillo en el café de sus ojos, está contenta y complacida. Dani sumerge su dona en el chocolate para disfrutar de un húmedo sabor, lo miro, me hace sonreír. Verlos felices es la recompensa de mi día a día.

Por un momento me distraigo para ver alrededor de la casa: las fotografías colgadas en la pared, la televisión puesta arriba del librero, mi guitarra en la esquina, con sus cuerdas listas para entonar una melodía en escala menor. Muerdo mi pan, su sabor comienza azucarado, pero pronto se disuelve en mi melancolía nocturna una vez más. Julia y Dani parecen no notar que mis ojos se han vuelto cristalinos y es mejor así, no me gusta que me vean flaquear.

Ellos cenan con gozo en una escena multicolor mientras a mí me cubre una sombra gris. Me levanto de mi asiento para recorrer cada rincón de esta vivienda, todo sigue acomodado igual. Escucho las risas filtrarse en los muros de la habitación de mi pequeño hijo, pero después los llantos se apoderan de ese lugar.

—Papá, ¿por qué tú y mamá pelean tanto? No me gusta, papá —esa pregunta me causa una pesadez en la cabeza. Su timbre de voz es delicado, inocente, lleno de súplica para que las cosas cambien.

Al llegar a la alcoba que compartí con Julia, de manera violenta, me asalta un sentimiento abismal de hacer implosión mi cuerpo, de trasladarlo a las dimensiones que me ayuden a redimirme. Veo la cama en la que con mi mujer nos entregamos con pasión, en desvelos provocados por el deseo. Su figura desnuda me pertenecía, yo la reclamaba con besos, ella me respondía con suspiros que alcanzaban el éxtasis.

Siento las latentes caricias que alguna vez fueron, los vivos recuerdos me envuelven, me penetran con un calor que intenta ser reconfortante, pero termina ardiéndome y arrancándome la piel. Mis huesos me transmiten frío. La pálida luna se asoma tras la ventana como si comprendiera lo que guarda mi alma. Es de noche otra vez. Pienso que, si nos hubiéramos esforzado más en entendernos, en sanar las heridas que nefastamente nos dañaban con las horribles palabras que salieron de nuestras bocas, lo habríamos solucionado. En este sitio lo perdí todo y soy insistente en darle vida al amor a través de mis memorias, de sentir los tangibles fantasmas de una sublime fantasía.

Los extraño demasiado. Lo mejor será salir de mi morada, pero no sin antes dejar todas las luces encendidas porque a Dani le da miedo la oscuridad. Cierro la puerta, su eco me rompe el pecho, pero trato de consolarme imaginándome que ellos están bien en una casa con luz. Mañana tendré otra oportunidad y los volveré a ver sonreír como tanto me fascina...

JESÚS LASTRA RODRÍGUEZ

Maestro jubilado de Puente de Ixtla, Morelos, Trabajó 36 años en educación primaria y 26 en educación para adultos. Escribe desde el 2019, cuando obtuvo el primer lugar en cuento en los Juegos Magisteriales del SNTE, Sección 19, Morelos. Algunos de sus textos se han publicado en revistas y libros digitales. Fue finalista para la publicación digital en el Premio Ariadna de Cuento 2020; fue publicado en *Relatos de movilidad: Trascendiendo en letras* en 2021. Ha publicado la novela *Caminos torcidos* (Ad Astra, 2020); y el libro de cuentos *Entre el amor y el desamor* (Ariadna, 2021). En coordinación con otros maestros, publicó *Experiencias magisteriales* (Ariadna, 2022). Su cuento “Dos mil años después” fue incluido como finalista en el libro impreso del Premio Ariadna de Cuento 2021. No sabe qué influencias ha recibido, pero le gustan diversos autores desde Homero, pasando por Hans Christian Andersen, hasta llegar a García Márquez, Augusto Monterroso y Juan Sánchez Andraka, entre otros.

MIEDO

Hoy, como otros días lo he venido haciendo en los últimos meses, salgo temprano para caminar y hacer algo de ejercicio con el fin de bajar un poco de peso para verme bien, pero sobre todo para conservar la salud. Me siento animado, y no sé por qué, pero presiento que hoy algo bueno me va a ocurrir en mi vida aburrida y rutinaria que llevo. Mientras avanzo por la avenida con rumbo a la unidad deportiva, voy chiflando una canción de mis tiempos. Entro a la cancha y empiezo a caminar en la pista de atletismo. Ya hay muchos que corren y hacen ejercicio. Troto un poco y en el trayecto voy reconociendo a varias personas que con frecuencia corren.

Es entonces cuando noto que una mujer muy guapa, con unos pants negros ajustados a su cuerpo, muy bien formado por cierto, como de mi edad, más o menos de unos cuarenta años, pasa observándome con curiosidad. Yo no la reconozco, pero me quedo intrigado. En la siguiente vuelta me ve y me sonrío. Hago lo mismo, aunque no puedo creer que aquella hermosa mujer me esté coqueteando. Sigo trotando y de pronto la recuerdo: ¡Esa mujer atractiva es Mariana! La chica de la prepa que era mi amor platónico y que nunca me atreví a decirle que me gustaba.

En aquel tiempo ella era muy popular, rodeada de amigas y de pretendientes que destacaban en algo. Y yo

no era la estrella de fútbol de la escuela ni tocaba en la estudiantina ni en la banda de guerra, tampoco estaba en el grupo de danza; ni siquiera en la escolta, apenas sacaba calificaciones para ir pasando año. Era el gordito del salón, del que todos se burlaban. Ahora Mariana se ve con un cuerpo más escultural, más llenita, más curvilínea, más sexi, ¡más mujer! Siento muchos nervios porque todavía estoy algo gordo y no quiero que me vea así. Creo que mejor me retiro antes de que la vuelva a encontrar.

Ya casi para salir, vuelvo a escuchar aquella voz melodiosa que tanto me gustaba, pero que en este momento no quiero oír.

—Hola, Pedro, soy Mariana, ¿te acuerdas de mí?

—Hola, no... no me acuerdo.

—Íbamos juntos en la prepa. Bueno... eso creo.

—Yo... creo que me confunde. Discúlpeme, señorita, hasta luego —le digo tratando de ser amable con una sonrisa, que me imagino está entre lo patético y lo nervioso.

En ese momento mi corazón es como un motor acelerado dentro de mi cuerpo. Siento que casi se me sale del pecho y va a brincar voluntariamente hasta la sensual boca de aquella divinidad, como un tributo a su belleza, como un sacrificio que se le ofrece a una diosa de la antigüedad. Deseando escapar de aquella presencia que me deslumbra con su luz divina, y que no me siento merecedor de estar ante esa belleza de mujer, me apuro a salir de la cancha. Mis manos sudan y tiemblan, creo que también todo mi cuerpo, y hasta mi alma.

Regreso nuevamente a mi cárcel de vacío, de silencio y de soledad, por la misma avenida, tratando de silbar la

vieja canción. Conforme avanzo dejo de temblar y mi pulso se normaliza, aunque en el fondo no me siento a gusto. Hay frustración y coraje contra mí mismo.

Al final, mi presentimiento de que algo bueno me iba a pasar, resultó falso. Parece que todo sigue igual o peor. No sé por qué.

DARÍO RESÉNDIZ FRANCO

Nació en Querétaro, el 25 de septiembre de 1956. Estudió en la Escuela Nacional de Maestros en la Ciudad de México; al egresar, trabajó como docente en varias escuelas primarias de la periferia de la ciudad durante 15 años. De regreso a Querétaro, su ciudad natal se desempeñó como maestro rural conociendo así pueblos y ranchos, donde además aprendió sus historias y tradiciones orales. Se relacionó con autores locales que le dejaron su impronta y empezó a escribir, publicando “Olor a Lola” (2006), posteriormente en *Letras para el abismo. Antología de oscuros cuentistas* (ParTres, 2019); y en 2022 se publicó su cuento “Carne de mi carne” en la antología Premio Ariadna de Cuento 2021 al llegar éste a finalista. Desde niño, con las primeras letras, acarició la idea de ser maestro y contar historias, dos proyectos hechos realidad que lo llenan de satisfacción. Además de nutrirse con lecturas de escritores contemporáneos ha leído a los grandes como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, entre otros.

FLORES PARA LOS CERDOS

—Mira a qué hora te apareces! ¿A dónde fuiste? Seguro a echar la copa con ese pinche amiguito, es un sonsacador. A ver, acércate y sopla. Esos puercos tienen hambre, ya se cansan de chillar.

—Hubo mucho trabajo en la oficina, apenas salí. Ahorita les voy a dar de comer.

—Un día de estos te los voy a echar a la calle, ya me hartaron sus gruñidos, me tienen hasta la madre y la gente anda protestando por tanta pestilencia.

—No te enojés, si los echas ya no habrá con qué festejar tu cumple.

—No sé de dónde sacaste esa idea de hacer carnitas para mi cumpleaños, a mí ni me gustan, se las tragarán la bola de gorriones de tu oficina que siempre vienen.

Al dar las cinco y media, su madre abrió la puerta de la casa, desde donde observaba el final de la calle cerrada. Cuando él daba la vuelta a la esquina, ella lo veía tratando de descubrir detalles que denotaran algo nuevo en su cara, en su ropa, en su forma de caminar.

Justo media hora debía tardar desde la salida de la oficina a la casa, ni un minuto más. A veces se quedaba un momento platicando con Lolo al bajar del camión, siempre viendo el reloj.

—No tienes por qué aguantarle, podemos rentar un departamento y te olvidas de ella.

—De verdad, no puedo dejarla a su suerte, ya ni puede salir a la calle.

—Entonces, nunca vamos a vivir juntos. Sólo te digo una cosa; a escondidas no vamos a estar toda la vida.

Los lazos con su madre nunca fueron de amor filial. Ni siquiera de amistad. Él toleraba un poco más la relación por lástima, desde que ella tropezó al bajar las escaleras corriendo el día que él se iba de la casa, y debido a una lesión en la columna se movía con dificultad apoyada en un bastón. Él se sentía un tanto culpable, pero a veces dudaba que tal gravedad fuera cierta.

Desde estudiante, su madre le espantó a cuanta novia le presentaba y Sebastián a sus 40 años se arrepentía de seguir consejos, opiniones y decisiones que ella le imponía.

Lolo, su único amigo quince años menor que él, lo buscaba a escondidas, comunicándose por mensajes que luego borraba, pues su mamá revisaba su celular continuamente. Tenía que inventar pretextos para escapar a la mirada carroñera de doña Mago y poder verse a solas con Lolo.

—Nadie te va a descubrir, los cerdos se tragan todo, no dejan rastro —le dijo Lolo en una conversación que tuvieron en el trabajo un día a la hora de la comida y por mucho tiempo fue su tema de conversación, afinando detalles. Convencido, Sebastián compró un par de lechones y los metió en el espacio raquítico atrás de la cocina.

—Apaga esa televisión y vete a dormir, ya son las nueve, luego mañana no te levantas a tiempo para el trabajo.

—Sólo termino de ver el noticiero.

—De ninguna manera, ya voy a dormir y no quiero ruidos. Además, de ida al trabajo quiero que pases a cobrar

unos intereses que no me han traído, así es que tienes que salir más temprano.

Tenía tres años cuando su padre tuvo la ocurrencia de ahorcarse sin dejar una nota. Aunque él había preguntado varias veces, su madre nunca le contó si hubo razón para que se colgara, pero ahora intuía que un hombre no aguanta por mucho tiempo a una mujer castrosa. Recordaba que de chico, al estar solo con su mamá, ella procuraba perderlo en los centros comerciales o en el mercado, hasta que la policía daba con su casa y lo entregaba. Muchas veces tuvo que quedarse solo mientras ella salía, a veces, durante toda la noche.

—Ya me cansé de la comida de la calle, hoy pasas al súper y compras algo para que hagas de comer aquí.

—Sí, mamá, voy a tratar de pasar hoy.

—¿Acaso dije que trataras? ¡Dije que pasaras hoy!

—Sí, mamá.

La huella de doña Mago estaba en los zapatos, la ropa, lo que comía, su corte de pelo, su aseo, en fin, todo. Durante el día, pensaba en su mamá antes de tomar alguna decisión, y durante la noche hasta sus sueños pasaban primero por el filtro de ella.

A través de los lentes de espeso y pesado vidrio disimulaba el odio que sentía cuando obligadamente le daba el beso de las buenas noches, al cerrar la puerta, se imaginaba liberado y entonces maquinaba de una y mil formas la muerte de ella y ensayaba frente al espejo la postura que debía tener en la funeraria al recibir el pésame.

Al principio la idea que le planteó Lolo, le pareció descabellada: “Tienes que comprarte dos cerdos”, le había dicho.

—¡No puedo tener dos cerdos en la casa!, ¡es un fraccionamiento, todos se van a enterar!

—Por eso los vas a comprar chicos, los vas a alimentar y en seis meses van a estar listos, nadie va a saberlo. Es la única forma de liberarte de ella. Y de paso nos convertimos en agiotistas.

Había quejas acumuladas por los chillidos y el tufo a choncho, les prometía a los vecinos que se iba a deshacer de ellos o les daba evasivas para dejar que estos llegaran a su graduación.

Un viernes fue el día planeado, a la salida de la oficina se fueron al hotel de mala muerte que frecuentaban para hacer tiempo, esperando que llegara la noche. Tomaron el camión, oscurecía cuando llegaron a la casa.

—¡Qué hora es ésta de llegar! ¡Los chillidos de esos puercos me tienen harta! Y éste, qué hace aquí, ya te he dicho que no lo quiero ver en la casa.

De un solo golpe le cayó todo el firmamento a doña Mago, Lolo justificó su estancia en las grandes ligas como bateador. Jalaron el cuerpo al patio y minutos después los cerdos dejaban de gruñir, la fiesta de su graduación duró hasta entrada la madrugada.

Sebastián durmió esa noche el sueño de los justos. Por la mañana Lolo le preparó café y lo metió nuevamente a la cama, después bajaron a ver a los cerdos, los encontraron dormidos todavía y sin nada de comida en el suelo.

—Te dije que les gustaban las Margaritas. En la edad media así los alimentaban, con flores, para que su carne tuviera mejor sabor.

Al terminar de desayunar pusieron la manguera y toda huella de sangre corrió hacia el drenaje, después im-

primieron algunos carteles “Se busca persona de la tercera edad extraviada que responde al nombre de Margarita”. Después del mediodía que vino una camioneta por los cerdos, salieron a pegar los carteles en los postes de la colonia. Regresaron cargando la maleta de Lolo.

CHRISTIAN HERNÁN RIVERA RODRÍGUEZ

De nacionalidad chilena, reside de forma permanente en la ciudad de Monterrey, N.L. desde el año 2015. En los últimos años ha escrito publicaciones digitales relacionados con la historia de Monte Patria, ciudad de la cual proviene en Chile. Estas publicaciones digitales lo han llevado a dictar charlas y video conferencias sobre la crónica e historia local de Chile. Ha recibido algunas distinciones tales como ser seleccionado en la *Antología de Vestigios. Huellas de la Ciudad* organizado por la Facultad de Educación de la UDEM. También fue seleccionado en la antología *Cien poemas para Gabriela Mistral*, organizado por la Editorial Bernavil.

LOS VERSOS MALDITOS

Juan Cordillera era un empleado promedio, con una vida personal desconocida y un rostro sombrío. Sus días transcurrían entre las horas que permanecía en el camión, rumbo a su trabajo, y los fines de semana afiebrado leyendo hasta altas horas de la madrugada. Casi nunca se le veía sonreír, excepto aquella vez en que, equivocadamente, confundió la amabilidad de Normita, su compañera de trabajo, y en un arrebato le confidenció que él era poeta, la chica sonrió y se alejó, ignorándolo, a partir de ese momento se juró no revelar nunca más el fuego que lo carcomía por dentro, las horas leyendo a los poetas franceses, los poemas propios que nadie aún conocía.

A la hora de comida, el paseo Morelos de Monterrey bullía de gente y empleados buscando un lugar donde comer, Juan se unía al bullicio, pero ya, reiteradamente, un personaje llamaba su atención entre el mar de gente; junto a la entrada de un prominente banco, un vagabundo sentado en un cartón en el suelo escribía afanosamente en un viejo cuaderno. Cada vez que pasaba por el lugar la figura del vagabundo atraía su atención: pelo cano y largo, las ropas raídas, la mirada perdida, pero tranquila, un aura brillante en medio del gentío. Hasta que un día la curiosidad lo doblegó, se acercó al vagabundo y le ofreció el último cigarro que traía.

—¿ Quiere un cigarro, amigo? —el vagabundo lo miró y asintió.

—Una pregunta si me permite, lo he visto escribir con mucha pasión, ¿qué escribe?

El vagabundo le extendió un viejo cuaderno y le dijo:

—Poemas, te los regalo, un poema puede cambiar vidas. —El ofrecimiento lo descolocó, sintió el rubor en sus mejillas, tomó el cuaderno y salió raudo del lugar.

El resto de la tarde se ocupó en leer los textos del viejo cuaderno, ignoró las instrucciones de su jefe que le exigía un informe contable a la brevedad, en esas páginas estaban escritos los mejores poemas que nunca había leído, una gramática exquisita, figuras literarias fantásticas, Dios y el hombre unidos a través de la lírica, el amor y el desamor.

A mitad de tarde y sin que nadie lo viera, se fue a un parque cercano y allí, embelesado y emocionado, continuó la lectura. Aquella noche casi no durmió, su mente pensando a mil, desconcertado por la calidad de aquellos poemas. A la mañana siguiente su jefe lo llamó a su oficina y lo reprendió severamente, que su conducta era abandono de trabajo, fugarse de la oficina a media tarde. Arguyó una repentina enfermedad y salió de aquel lugar advertido del despido inminente. Sin embargo, ya nada tenía mucho sentido, aquellos textos habían generado dentro de sí un vendaval, ahora alocadas ideas moraban en su mente. A la hora de comida salió casi en tropel a buscar al vagabundo, pero ya no estaba en el lugar habitual, preguntó por él y un borrachito le dijo que quizás lo encontraría en una choza en el Río Santa Catarina a la altura del Puente del Papa, que ahí vivía.

Los días transcurrieron grises y calurosos, la experiencia de haberse expuesto a esos poemas lo traían alterado, pero vital, ya no le importaba el desprecio que le mostraban sus compañeros de trabajo, la vida había tomado un rumbo extraño e inescrutable. Una tarde, casi al finalizar la jornada, leyó en un periódico digital, una invitación a un concurso internacional de poesía con abultados premios en dinero, una antología y el reconocimiento público. Por su mente cruzó la alocada idea de participar, ¿por qué no?, y la idea de concursar con un poema del vagabundo alborotó su mente, sabía que sus poemas no alcanzaban las cumbres estéticas que se requerían. Sin pensarlo mucho, se decidió a participar, transcribió del viejo cuaderno el mejor poema y esa misma tarde lo envió al concurso.

Al vagabundo no lo volvió a ver, preguntó por él, pero nadie lo había visto últimamente, quería indagar más del origen de dicha lírica, pero no hubo modo. Transcurrieron unos meses, y una mañana, mientras revisaba su correo electrónico, recibió uno en particular, su poema era el ganador del Concurso América de Poesía, su corazón latió a mil, sintió una alegría extraña, mezcla de asombro y escrúpulos por ganar con un poema que no era propio, su vida torcía por caminos difusos. La organización lo contactó y fue invitado a recibir el premio a Ciudad de México. Fue entrevistado y agasajado, contactado por editoriales e invitado a seguir escribiendo, una fama repentina y una enorme alegría, también sabía que todo aquello era efímero y que no duraría. De regreso a Monterrey ya no volvió al trabajo y mediante un escueto correo electrónico renunció, aceptó la oferta de una editorial española y publicó el resto de los

poemas del viejo cuaderno. Su vida había cambiado para siempre sin saber muy bien el giro que tomaría.

El poemario publicado en España fue un rotundo éxito. Persistentes llamadas telefónicas lo querían contactar para entrevistas y reportajes, era la sensación de la nueva poesía latinoamericana, y nuevas editoriales lo buscaban para ofrecerle jugosos contratos. Sin embargo, en la soledad de la noche un sentimiento de culpa lo inundaba, un vacío monstruoso, una culpa que lo martirizaba hasta el alma y lo tenía al borde del abismo.

Una mañana y ya abrumado hasta el cansancio se dirigió hacia el río Santa Catarina, buscó en el lugar que le habían indicado, pero no encontró al vagabundo, quería hablar con él, que le explicara muchas cosas, pero no lo encontró, su alma ya no aguantaba más la culpa y la vergüenza.

Las llamadas telefónicas ofrecían nuevos contratos y no cesaban. La editorial española lo buscaba, incluso vino un ejecutivo, pero no lo encontró, la presión era enorme y ya no sabía cómo manejarlo. Juan Cordillera era un éxito rotundo, pero no sabía cómo lidiar con ello, los poemas del viejo cuaderno ya se habían publicado y la presión era constante por un nuevo poemario. Ya casi no dormía y se alimentaba mal, sentía que su castillo de naipes en cualquier momento se derrumbaría y que el engaño se haría público.

Una noche de luna llena salió de su casa y ya no volvió. En la plateada escena, se instaló en una choza en el río, igual que su maestro, ya no habría llamadas telefónicas ni contratos que cumplir. Y la noche era un espectáculo maravilloso, disfrutaba de su repentina libertad, las estrellas

jugaban en el cielo formando remolinos azules y amarillos, los pájaros de madrugada eran música sublime.

Un día decidió ir al paseo Morelos, su aspecto era fantasmagórico y nadie lo reconoció, la gente lo miraba con desprecio, la barba sucia y crecida, el pelo desgreñado. Se sentó en el suelo en un cartón, al lado de la entrada de un prominente banco, sacó un cuaderno y comenzó a escribir, eran los mejores poemas que nunca había escrito antes, la belleza fluía dentro de él, la libertad era absoluta, el sol le inundaba la cara y quizás en mucho tiempo ahora sonreía, abismado de la belleza del nuevo mundo que habitaba.

La hora de comida inundaba de gente el paseo Morelos, cada uno con sus preocupaciones y sus miserias, pero Juan sonreía.

GABRIEL RUIZ MERCADO

Nació en Guadalajara, Jalisco. Estudió en la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara. Ha trabajado como concertista en guitarra clásica para organismos públicos en el Estado de Jalisco y la República Mexicana. Ha obtenido premios nacionales y estatales en composición, su obra se ha tocado en salas de la república y del extranjero. Fue miembro del Coro de Ópera de la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara y miembro fundador del Taller Popular de Música de la misma institución. Escribe sobre temas musicales para periódicos y revistas. Se ha presentado en radio y televisión, ha sido productor, programador y conductor de varios programas en el Sistema Jalisciense de Radio y Televisión del Gobierno del Estado. En pintura, ha expuesto en el Patio de los Ángeles, en la Sala de Cabildos del Ayuntamiento de Zapopan. En teatro, ha participado en *Entremeses Cervantinos* de la Universidad de Guadalajara. Participó en el Taller Literario del Departamento de Bellas Artes, y actualmente en el taller *El Tintero* en Puerto Vallarta, Jalisco.

EL BRUCE

Manuel y El Tortas llegaron a la Playa de los Muertos, lugar de reunión del “Escuadrón de la muerte”. A lo lejos alcanzaron a distinguir a Rutilio que estaba con los demás; también había un chingo de gente y se escuchaba música. Movidos por la curiosidad preguntaron al primer morro con que toparon:

—¿Qué onda, güey? ¿Y esos gringos, qué pedo?

—Caile, carnal, y para oreja —les contestó—, que este güero se las discute machín en cada rola.

Se colaron ayudados por sus amigos hasta el círculo que se había formado en torno a los músicos. Cuando terminó la primera rola se quedaron con los ojos bien pelones y la boca abierta.

—¡Íralo, pendejo! —dijo Manuel—. Se te está cayendo la baba, ni disimulas los huaraches.

—Es que neta —contestó El Tortas—, toca bien machín este pinche gringo; hasta parece artista de a de veras.

—No es gringo —corrigió el morro—, se llama Bruce, es del otro lado del mar. Nomás andan cotorreando un ratón por estos lares.

—Simón ese, es australiano y toca machín el *blues* —argumentó Rutilio—. No cualquiera toca de esa forma esa música: canto de lamentación de los esclavos africanos, con su sentimiento de tristeza y dulce melancolía expresan una

alegría que conoce el dolor o la nostalgia de una vida interior rica y profunda. Este cuate asimiló la libertad y macicez del *jazz*, las profundidades del *gospel*. Así puede impregnar sus interpretaciones con un *feeling* especial que sólo él sabe darles.

En ese momento empezó un diálogo entre voz y guitarra; con aquellas notas, el instante se volvió mágico, hechizando todo en derredor.

Venía rolándola chido con tres amigos; coincidieron vagando por el cono sur en el Carnaval de Río. Ahí iniciaron su aventura. Un pandero, dos guitarras, una armónica y por momentos un coro de cuatro voces, les abrió fronteras, espacios; fueron sembrando amistades a su paso. A las ciudades y a los pies hay que navegarlos, dejarse llevar por sus vaivenes, así, de puro aventón llegaron a estas playas.

Bien equipados con pomo, chescos, unas choras y sus instrumentos, fueron a orillas del mar, se plantaron en la arena para ver la puesta de sol. Ya prendidos, sacaron los instrumentos y empezaron a tocar. A los compas del Escuadrón de la muerte los enganchó aquella música que sonaba bien perrona. Sin pensarlo, fueron y les hicieron ruedita, empezaron a corear las melodías. Pronto compartieron pomo, pisto y toques. En los intervalos entre rola y rola hubo tiempo para conocer la historia de algunos de ellos, principalmente de Bruce, él dirigía la banda con sus requintos y una bien timbrada tesitura de tenor que le permitía llevar la primera voz.

Platicó que cuando niño, en su lejana Australia conoció a un viejo marinero, se hicieron amigos. Todas las tardes le gustaba ir al muelle a buscarlo. Lo encontraba sentado,

en su lugar favorito, junto a las fuertes amarras de los barcos anclados; siempre mirando a la lejanía. Llenaba su pipa de tabaco, la encendía y con ella historias que le contaba llevándolas entre las volutas del humo. En ocasiones tomaba su guitarra y, sin dejar de hablar, improvisaba melodías con las que le dibujaba lejanas tierras, sirenas hermosas, mares incógnitos. Le decía que las olas le narraban leyendas y entre su brisa volcaban las notas; él sólo tenía que estar ahí, para recogerlas. Luego las guardaba en su guitarra, para que cuando quisiera evocarlas, éstas salieran sin dificultad, vibrando entre sus cuerdas.

“También los recuerdos me ofrecen canciones”, decía, “el pensamiento se hace de las cosas miradas. Hay que tener cuidado, a medida que se alejan de la superficie se tornan azul oscuro, nocturnas, fantasmales, hasta que se ocultan en la negrura insondable de nuestras profundidades, más allá de la línea del fondo, por debajo de los barcos hundidos, de los tesoros esperando. Entonces se pierden, cuando las necesitas ya no las encuentras. A veces solas vuelven, pero ya no son las mismas”.

Una tarde le regaló su guitarra. Se le acercó al oído y en un susurro le confesó que era mágica, pero él ya no tendría tiempo de revelarle la magia, tendría que encontrarla solo. Al día siguiente zarparía, no sabía si regresaba, tenía muchas tierras por descubrir y quería dejarla con alguien que sabría darle buen uso. Le dio un fuerte apretón de manos, prendió su pipa y se alejó por el muelle entre la penumbra del ocaso.

Desde esa vez, antes de que la tarde se vistiera de azul, Bruce ya estaba sentado en el lugar favorito del viejo, tratan-

do de encontrar el oculto encantamiento. No tardó mucho en aprender a tocar; pero sí tardó un poco más en descubrir su magia. Con ella fue forjando su rostro: bajo una mirada tierna usaba una sonrisa amplia, enorme, que abarcaba el horizonte, por eso pudo cruzar el mar con su guitarra al hombro, sin mojarse los zapatos y así llegar a Puerto Vallarta.

Un morro pidió una rola de Hendrix, el Bruce se prende con “Purple Haze”. Toda la banda se puso a bailar; hasta la luna, que apenas se asomaba tras las montañas, en cuanto escuchó, ya estaba ahí, arribita del mar meciéndose entre las nubes al ritmo de aquella rola. Al llegar a los solos, el mar era una fiesta: un fragmento del tema sirvió de preámbulo para la improvisación sobre la escala de *blues*. Empezó un diálogo entre la armónica y el requinto. Las notas vibraban un instante, se convertían en colores, estallaban sobre la punta del dedo para recorrer, transformadas en ondas, cada falange, la mano, los brazos, difuminándose en un lento recorrido hacia el resto del cuerpo, tiñendo a su paso cada fragmento con su luminosidad.

Bruce inició su solo, las vibraciones de la guitarra llegaron al mar y pudo apreciarse en la oscuridad de la noche, la magia de aquél instrumento: una variedad enorme de animales acuáticos fosforescentes, del color de la nota que tocara, de diferentes formas y tamaños según el tipo de escala, saltaban del agua dando a la ola diversos matices al mezclarse los sonidos: Escuálidos peces se alargaban en la “nota blues”. Al sonar la dominante, el color era violeta encendido, se estiraba y estiraba hasta llegar a un rosa mexicano al pasar a la quinta bemol; al arribar a la cuarta, casi rosaba el tinto que volvía inmediatamente al violeta si hacía un *bending*.

En escalas pentáfonas, generaba peces chonchitos, teñidos por una gama enorme de verdes; si era ascendente, partían del esmeralda al verde jade; en escalas descendentes los tonos iban del verde sinople al verde oliva. Los más estilizados aparecían con las escalas griegas: de aletas amplias, bien proporcionados, muy de acuerdo al ethos griego, usaban colores neutros, sobrios: blanco con la escala Jónica; gris en la Dórica; beige con la Frigia; la Lidia castaños: crema la Mixolidia; la Eólica ocre; y color perla en la Locria.

Tonalidad y armonía también eran responsables de la coloración de las aguas. Si incursionaba en modo menor, en progresión cromática, saltaban diminutos hipocampos de tonos azules: marino, cobalto, añil, índigo, turquesa, prusia, según fuera el acorde: disminuido, aumentado, sensible, con novena, con séptima de dominante. En tonalidad y acordes mayores, enormes moluscos planos ovalados, rectangulares o triangulares, matizados con la gama de colores cálidos: rojos, magentas, bermellón, naranjas, amarillos, adquirían luminosidad o saturación según la cualidad del acorde y la progresión: en círculo de quintas predominaban tonos naranjas, en progresión diatónica los amarillos. Si el acorde se alteraba con una disonancia, tornaba hacia la gama de rojos. Sólo el arte wixarika se podía comparar por su destreza y originalidad en el manejo del color; esto era doblemente fascinante: tonalidades y matices en rítmico movimiento, siguiendo las ondulaciones de la línea melódica. Las aguas se unieron al ritmo. La marea se apropió del tresillo del *blues*. Las olas iban y venían en un cuatro cuartos. Su agitado vaivén era un contra tiempo percutido con finas escobetillas. Cuando reventaban en la arena, eran

rítmicos tambores de agua, tom-toms, tarola, bombo, gong sonando a compás y en matices diferentes según el tamaño de la ola.

La playa se llenó de espectadores. La ovación al terminar el solo era enorme llegando a oídos de quienes paseaban por las calles aledañas, la curiosidad los llevó a investigar de qué se trataba. Fueron llegando más y más. El tráfico se detuvo. El rumor creció de boca en boca. Un susurro *in crescendo* ascendió por las calles. La ciudad entera se volcó hacia la playa. Con aquellos instrumentos acústicos el rango de audición era mínimo. A un espectador se le ocurrió pedir que les proporcionaran amplificadores, el clamor creció. De un bar ofrecieron prestar su equipo: resultó insuficiente. La multitud amortiguaba los decibeles, la temperatura también incidía. La gente seguía pidiendo amplificadores de más potencia para que todos alcanzaran a escuchar.

El Marigalante regresaba de su recorrido, al acercarse lanzó sus luces multicolores dando más realce al espectáculo, la explosión de la pirotecnia impidió escuchar la música. No así para los turistas y la tripulación del barco, a quienes llegaban las notas con mayor fidelidad transportadas por el agua. No queriendo perderse de aquel espectáculo se acercaron y a petición de los pasajeros lo hicieron más de lo habitual; lanzaron amarras para evitar un accidente. Uno de los asistentes al ver el cable lanzado por el barco pensó: “Este cable tan grueso ha de ser de algún amplificador bien machín, con este sí se va a oír bien perrón el requinto”, y no queriendo perder un solo detalle del virtuoso lo conectó a la guitarra.

Los del barco levaron amarras. El cable se movió con lentitud barriendo la arena de la playa, después, cada vez

más tirante, empezó a jalar hasta remolcar a guitarra y guitarrista. Bruce estaba con su sonrisa enorme, a la mitad de su solo, sus dedos se deslizaban vertiginosos sobre el diapason, le sacaba efectos a la guitarra estilo Hendrix tocándola con los dientes. Totalmente concentrado en dar a cada nota la expresión deseada, no se dio cuenta de que estaba siendo arrastrado. En un momento empezó a sacar otros efectos tocando con los dedos de los pies, se paró en el diapason del instrumento justo cuando éste se incrustaba en el reventar de las olas. Bruce siguió tocando, flotando sobre la marea, jalado por el barco cada vez a mayor velocidad. Él pensaba que era la sensación del ritmo que a cada instante lo sentía más frenético.

Un plancton fosforescente fue iluminando su estela con diversos matices. La gente seguía bien prendida con aquél espectáculo, algunos hasta se metieron al agua para no perder ningún detalle; y ahí se fueron caminando tras él, guiados por la magia de su guitarra. El barco se fue alejando del malecón, la música bajó su intensidad, él también. Pronto, entre la tremenda oscuridad del océano nocturno, desde la playa únicamente se veían a lo lejos los destellos de color de los peces que seguían el solo de la guitarra de Bruce, mar adentro.

VALERIA NAOMI URESTI VANEGAS

Nació en San Luis Potosí en 2003. Se inició en el mundo de la literatura desde muy joven leyendo novelas y poemas de diversos autores. No ha recibido formación literaria formal, aunque ha participado en distintos talleres y clubs de lectura y literatura. Actualmente se encuentra estudiando la Licenciatura en Biofísica en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, donde es miembro activo en un grupo de divulgación científica. Escribe cuentos y poesía en sus ratos libres, con los cuales desea publicar una antología en el futuro. Además de crecer en el mundo literario, espera ser capaz de conectar la ciencia con la literatura. Sus autores favoritos son Stephen Chbosky, Claudia Celis, Gabriel García Márquez, Sor Juana Inés de la Cruz y Edgar Allan Poe.

LA HABITACIÓN INFINITA

A hí, en la habitación de paredes infinitas, desosegado, él se comía las uñas y se arrancaba el cabello. ¿Qué debía hacer? Le habían privado de su libertad de una manera tan sutil y sigilosa que se sentía ingenuamente manipulado. Ya sea a causa de las circunstancias, del tiempo, o lo que sea que haya sido, se vio obligado a dirigirse hacia la extraña habitación de paredes blancas. Desorientado, observaba en todas las direcciones, no encontraba una sola puerta, ventana o salida, el yeso blanco saturaba el lugar. Asimiló que estaba perdido, no sabía qué sucedía y eso le aterraba, fue entonces que el tiempo tomó calidad de ausente y sus pensamientos lideraron la situación.

Una caótica maraña de sensaciones le revolvieron los intestinos, la cabeza y el corazón. Frustrado, extasiado y frenético, todas las emociones existentes emergieron desde dentro y no podía identificar ni concentrarse en una sola. La infinitud de aquel cuarto le provocaba una intranquilidad que le ahogaba. En la cercanía no había nada que le pudiese ayudar a escapar y, aunque tampoco había nada que le pudiese lastimar, él presentía que el estar ahí era una equivocación. En un desesperado intento por encontrar la manera de salir, arañó las paredes tratando de escalarlas, sin embargo, lo único que lograba era desgastar sus huesudos dedos. Comenzó a correr y a brincar de un lado a otro y

en círculos con la esperanza de acabar con el ímpetu que dicho lugar le provocaba. Arremetía furioso contra los muros mallugándose la carne. Las ansias le picaban y se estregaba sin reparo alguno la piel, tanto que terminó por abrirla creyendo así que sofocaría el enardecer que experimentaba. Pero, a pesar del desgaste y la decadencia física, el sentimiento no desaparecía.

Al límite de la locura, la memoria le recordaba constantemente que alguna vez había tenido buen juicio. Utilizaba el imaginario para recordar la infinitud de los atardeceres, del inmenso mar y de los oscuros y profundos cielos estrellados. Eran escenarios infinitos e hipnotizantes que de pronto encontraba cálidos y tibios, le producían un agradable cosquilleo, le llamaban por su nombre y le invitaban a quedarse embobado contemplando dichos paisajes. Quizá si él obedecía, quizá si se olvidaba de que todo lo demás existía: el mundo, las personas, el trabajo, hasta él mismo, quizá y sólo quizá, él también se volvería infinito. Estas buenas memorias le producían cierta calma, respiraba hondo y el aire frío inundaba sus pulmones, las venas y las arterias, y con él podía sentir el alivio recorrer su cuerpo de una manera electrizante.

No obstante, no hay mal que por bien no venga, así como llegaron los buenos recuerdos también llegaron los malos. Experiencias malaventuradas, deseos rotos e impotencia evaporaban la sensación de bienestar dejándole un desagradable e intenso sabor a sal. Sintió entonces la necesidad de buscar consuelo nuevamente en su memoria, reprodujo otra vez el casete de reminiscencias hasta llegar a la peor parte de la cinta. Permaneció así durante un tiempo, mojaba con recuerdos sus pensamientos hasta que estos se

desvanecían soltando en sales cristalizadas las impurezas de la mala vida. Eventualmente, dicho acto comenzó a carecer de sentido, todo se volvió unísono y el casete de recuerdos dejó de funcionar.

Cansado, su conciencia se iba diluyendo aceleradamente, como si su vida útil ya hubiera culminado. Sin saber qué más hacer decidió sentarse a esperar, tal vez algún dios se apiadaría de él y lo guiaría a la salida de la misma manera en que lo habían arrastrado a aquella situación. Al contrario de lo que esperaba, o en tanto el milagro sucedía, le nacieron un hambre y una sed desesperantes. No comprendía como era que, en aquel complejo cuarto de paredes infinitas, en dónde el tiempo no parecía transcurrir y todo era pobre de significado, podían hacerse presentes tales necesidades mundanas y terrenales. De pronto, comenzó a imaginar todo lo que podría comer: arroz, frijoles, lentejas; eran platillos que deseaba con desesperada necesidad. Sin más remedio, rascó las paredes y el suelo, y comenzó a alimentarse de salitre, yeso y tierra. El vigor que guardaba dentro le hacía llevar su cuerpo al límite, le daba la fuerza que ya no tenía, de alguna manera lo mantenía con vida y le obligaba a seguir buscando paz.

Con la razón ya consumida, y absorto en una especie de trance, esbozó en los muros líneas y garabatos, plasmando en ellos sus recuerdos, las ideas y las sensaciones que le habían surgido. Su existencia se iba derramando como tinta en las paredes. Fue entonces que la maraña de sensaciones encontró quietud y equilibrio, dejó de tener hambre y sintió cómo su espíritu se saciaba poco a poco con cada línea dibujada. Ahora la esencia de aquel hombre se iba extendiendo infinitamente sobre el infinito lienzo de paredes blancas.

FINALISTAS DIGITALES

JOSÉ LUIS CASTILLO CONTRERAS

Licenciado en Literatura Dramática y Teatro por la UNAM. Ha escrito y llevado a escenas varias obras como: *La muerte del Chanto*, *Hoy llega Godot*, *Don Juan y otros demonios*, *Las Euménides*, *Corazones Rojos*, entre otras. Con jóvenes de preparatoria ganó el concurso Mirada Libre organizado por el Instituto para la Atención y Prevención de las Adicciones (IAPA) en 2013 y 2014. Dichas obras son: *Blancanieves* y *Adán y Eva*. En 2011 y 2015 obtuvo mención honorífica en el Festival de Teatro Universitario organizado por la UNAM con las obras: *Las Euménides* y *Tríptico con manzanas*. En 2020 su texto “Gilgamesh” fue publicado en la antología titulada *El león enjaulado*. En 2022 su texto “Las mil y muchas noches” se publicó en la tercera antología del mismo título. Ese mismo año su texto “El teatro en la pandemia” fue publicado por la Asociación Mexicana de Investigadores de Teatro (AMIT)

JAGGER

Nunca me han gustado los perros, pero Jagger era diferente. Ya me lo habían dicho ellas, te miraba de una manera que conmovía, además cuando lo acariciabas te invadía una serenidad de monasterio. No miento si digo que hicimos conexión desde el primer momento. No estoy afirmando que éramos exactamente iguales, sin embargo, coincidíamos en lo primordial, por ejemplo... al menos a los dos nos gustaba la misma música, la música de Los Rolling. ¡Eso es genial! ¿O no?

Me lo regalaron después del temblor de septiembre. Ya no lo soportaban, había mordido a Mary y a sus hijas, y no querían que les hiciera más daño. Por eso pidieron que me quedara con él. Primero me negué, pero quería ayudar a mi amiga, además, me aterraba la idea de verlo en la calle.

Al principio todo era divertido. Recuerdo aquella vez que orinó a uno de mis primos, nomás porque quería marcar su territorio. No lo bajaban de macho, pero yo me moría de la risa. También fue muy divertida la vez que destrozó las pantuflas de mi padre. En dos minutos acabó con una vieja tradición. Su abuelo se las había heredado y el haría lo propio al nacer su primer nieto varón. Jagger y yo nos reíamos como chamacos al recordar la cara de mi papá. Esos momentos y la música salvaban la relación.

Jagger era angelical, pero también podría ser el demonio. Sin embargo, pensaba que con un poco de afecto y unas

buenas croquetas todo sería idílico, ¡Aja! Ojalá y el mundo se resolviera con cariño y comida. Barriga llena y corazón contento. Eso dicen, ¿no? Quizás sea cierto, pero Jagger tenía mucha mierda en la cabeza. Aquí debo aclarar que fui educada a la antigua y que me prepararon para salvar al mundo. Así que ahí estaba: buscando tutoriales y recetas para encontrar la armonía entre él y yo.

Nada funcionó ni las clases con “El encantador de perros” ni las croquetas especiales para mascotas hiperactivas ni los campamentos con otras parejas para convivir y hacer vida social. Todo terminaba en caos y discusiones, en peleas y en gritos. Es verdad que no siempre Jagger era el responsable, pero al final era yo la que asumía la culpa, la que terminaba pidiendo perdón, disculpándome una y mil veces. En casa todo era peor, pues en vez de asumir su responsabilidad, Jagger daba por hecho que yo era la que generaba los problemas.

Un conocido me aconsejó que lo castrara, que con la cirugía se calmaría un poco. Lo pensé varias veces, pero nunca me decidí. Me daba lástima el pobre Jagger, además pensaba que perdería su encanto, su virilidad y fortaleza. Su castración significaría la aceptación del fracaso en esa relación que nació de la atracción mutua, sería la aceptación de no poder con su fuerza y su vigor, sería la aceptación de mi derrota como mujer; así que abandoné la idea.

Un domingo en el parque, Jagger correteó a un perro sólo porque se me acercó y olió mis piernas. Lo alcanzó y casi le sangró una oreja, el dueño del otro animal se me acercó, pensé que me reclamaría, pero no fue así, me aconsejó que llevara a Jagger a un campo de entrenamiento para salvar gente. No entendí muy bien, porque pensaba que Ja-

gger, más que salvar vidas, estaba terminando con la mía. Con mucha claridad me explicó que había lugares en los que entrenaban a los perros para buscar y rescatar a personas que habían quedado atrapadas debajo de alguna casa o edificio después de algún temblor o desastre natural. Me dijo que por las características de Jagger, bien podría servir como rescatista y que además lo educarían para que fuera más amigable con sus semejantes.

Me encantó la idea, pues lo que más deseaba en el mundo era que Jagger aprendiera a respetar a los otros y sobre todo a mí. Así que el lunes siguiente lo llevé a su primer entrenamiento. Estuve sola todo el día y debo confesar que lo extrañe, pero sabía que lo que hacía era por el bien de él y de nuestra relación. Cuando pasé a recogerlo, no creí lo que escuché. Su entrenador estaba fascinado, era el perro más obediente y disciplinado que jamás había visto. Seguía todas las instrucciones como si las entendiera al pie de la letra, además fue el primero en terminar los ejercicios que realizaron. Me felicitaron y me pidieron que no dejara de llevarlo pues, en poco tiempo, Jagger salvaría muchas vidas. Además, dijeron que me remunerarían una pequeña cantidad de dinero para cubrir las necesidades de él y mías. Realmente estaba contenta, pensé que Jagger también, ya que, por primera vez, aportaría algo de dinero a nuestra manutención.

No sucedió así, al llegar a casa, Jagger montó en cólera, empezó a ladrar con mucha violencia, además hizo lo que nunca se había atrevido, me lanzó una mordida que casi arranca parte de mi brazo izquierdo. No supe qué hacer. Nunca se había puesto así, es verdad que otras veces había ladrado cuando tenía hambre para que me apurara a darle su alimento, pero esta vez era diferente. Sus colmillos

y sus ojos irritados daban miedo. Corrí a esconderme a la recámara, él intentó abrir, yo me tapé con las cobijas y comencé a rezar. Él no dejaba de ladrar y de morder la puerta. Estaba realmente angustiada. Pude llamar a la policía o a algún vecino para pedir ayuda. No lo hice, sin embargo, recordé la pistola, esa que toda familia honrada guarda en algún rincón secreto de la casa. Corrí por ella, Jagger estaba a punto de romper la puerta, la saqué del cajón indicado, la tomé con mano derecha, revisé si estaba cargada y apunté a la puerta. Estaba dispuesta a todo. No dejaría que Jagger me lastimara, lo amaba profundamente, pero todo tenía un límite, así que cuando él entró a la habitación y estaba a punto de triturarme con sus colmillos: se escuchó el sonido de mi celular con nuestro tema preferido de Los Rolling Stones.

Ambos permanecemos estáticos mientras sonaba armónicamente el coro de la canción: “Ella sonrío dulcemente y dice: ‘No te preocupes. Oh, no, no, no’”. Nos miramos con no pocas lágrimas en los ojos y después corrimos a abrazarnos. Nos revolcamos como locos en la alfombra de la recámara. Estaba alegre mientras tarareaba: “Ella sonrío dulcemente... Oh, no, no, no.” Es cierto: sonreía, mientras abrazaba con todo mi amor a Jagger, sonreía mientras murmuraba: “No te preocupes, la, la, la, la...”

No esperé a que despertara, sin pensarlo mucho lo deposité en la caja en la que me lo había entregado mi amiga Mary. La amarré muy bien con la larga cuerda de mi tristeza y lo envié por paquetería a Medio Oriente, allá donde había ocurrido el último temblor. Estoy segura de que salvará muchas vidas y quizás, en algún momento del día cantará: “Ella sonrío dulcemente y dice: ‘No te preocupes. Oh, no, no, no...’”

JULIÁN FRANCISCO ESPARZA MARTÍNEZ

Originario de San Pedro de Las Colonias, Coahuila, nació el 9 de enero de 1968. Estudió Biología en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Autónoma de Coahuila. Al graduarse, se trasladó al norte de Jalisco en la zona Huichol, para trabajar en programas forestales. Impartió clases en preparatoria y secundaria. Actualmente se desempeña como profesor de Ciencias en una secundaria pública. Empezó a escribir a los trece años. Fue finalista en el concurso del 2021 de Editorial Ariadna de Poesía. Lo han influido Hermann Hesse, Frank Kafka, García Márquez, Milan Kundera, Juan Rulfo. Le gustan las canciones de los cantautores: Víctor Manuel, Joaquín Sabina, José María Napoleón, Roberto Carlos, James Taylor, América, David Bowie, entre otros.

A LA ORILLA DE LA CARRETERA

Doy vuelta en la esquina y decido regresar a casa, tengo la genuina intención de convencer a mis hijos de irnos de aquí, a un mundo más amable o simplemente saber si es cierto eso del cielo y el paraíso.

Un cigarro más, aquí en la carretera es buena compañía un cigarro, el humo revolotea sobre nuestra cabeza y se mezcla con el aire, con el polen, con los insectos que vuelan; con los olores del zacate, del asfalto y el polvo de los caminos. Son las seis de la tarde y es invierno, el sol está a punto de irse en el este, para que al día siguiente vuelva a resurgir por el oeste; la tierra y su vuelta, lo sabemos y aun así decimos “el sol se va a meter”. Hoy no fue muy buen día en la escuela como siempre. Tengo casi 20 años viniendo a dar clases, mi cara de enfado les provoca ver en mí a un extraño, pero hoy fue peor, ya me cansé. Salí de mis clases y fui directo a la puerta, el conserje me despidió, nadie más, es como si no existiera para los demás, sus miradas siempre tienen ese dejo acusatorio. Hombrecitos que se sienten seguros en su hábitat, por eso son tan rencorosos, me ven a mí llegar de otro lado y no tengo el valor masculino para ellos, según sus parámetros de machos alfa.

Bueno, como les decía, me fui hacia la puerta, cuando de pronto uno de ellos me habla con una voz de mando que me retuerce las tripas, volteo y ante tanta ira contenida que su actitud despierta en mí, me lanzo a su encuentro, “¿Qué

demonios quieres?” Abre sus ojos parcos, hasta casi... casi se le salen... se asustó, ¡se asustó! Y una sonrisa burlona aflora en mis labios, tartamudea y dice: “¡E, e, es que vi que entraste al laboratorio y de, de, de, “dejastes” muy sucio!” Levanto mi barbilla, me acerco a su rostro, y despectivamente le digo: “¿Qué no es tu trabajo limpiar esos espacios?...” Silencio, un incómodo silencio en él y con control de la situación me retiro sin verlo directamente a los ojos.

Les dejé un festín de fuego, que en cuanto se rompa la bolsa donde coloqué TNT, hecho tan fácil con reactivos del laboratorio. Van a volar, ¡por fin!, y serán carne de cañón del fuego que se esparcirá cuando la leche en polvo sea alcanzada por el fuego. ¡PUM! Qué delicia poder terminar de la forma más maniaca con personas que tenían resuelta su vida. ¿Qué más puedo perder?, mis hijos ya no despertaron, vine a dejar mi huella aquí.

La oscuridad llega y a lo lejos una columna de humo blanco se ve en el horizonte, ya debe haber iniciado el infierno. Por fin veo que viene una camioneta y le hago señas con el pulgar para que se detenga, lo hace, le digo en tono amable que, si va a Colotlán, me asiente con la cabeza y con voz antigua me dice: “Súbase, me sirve de compañía, aquí siempre se sube una señora de blanco, pero hoy, es usted...”

JOSÉ PÉREZ HERNÁNDEZ

Nació en Puebla, Puebla, en 1965. Egresó con Mención Honorífica como Profesor de Educación Primaria del Benemérito Instituto Normal del Estado de Puebla General Juan Crisóstomo Bonilla. Ha participado en obras teatrales en la Compañía del Teatro Normalista de Puebla, destacando la obtención del Premio al Mejor Actor 1984. También ha actuado en tres cortometrajes dando vida a diversos y desafiantes personajes. Recientemente personificó a *Iván Ivanovich Niujin*, de la obra de teatro *Sobre el daño que hace el tabaco* de Anton Pavlovich Chejov. Sus principales pasiones son la docencia, la actuación y la escritura. Es un asiduo lector de guiones teatrales de géneros indistintos, sus favoritos son *La guerra de las gordas* de Salvador Novo, *La noche de los asesinos* de José Triana, y *Yo también hablo de la rosa* de Emilio Carballido.

INTRIGA DE UN SUEÑO

—Despierta! ¡Despierta! Tranquilo... tranquilo, sólo fue una pesadilla.

—Es que... soñé que te ibas sin decirme adiós... te suplicaba que no me dejaras... sonreías antes de abordar un auto y... te marchabas.

—¿Por eso llorabas con tanta desesperación?

—Sí, jamás había sentido tanta tristeza y angustia... Ven, abrázame y prométeme que nada ni nadie podrá separarnos.

—Sabes bien que te amo mucho... ya no llores, anda, levántate que ya es hora de que te prepares para trabajar.

—Pues, ¿qué hora es?

—Ni siquiera oíste la alarma, ya son las cinco de la mañana... mira, ya te preparé el traje, la camisa y esta corbata que me encanta... Apúrate, el baño está listo.

Me dispuse a bañarme, abrí la llave de la regadera y cuando el agua calentó, comencé a mojarme, pero, ¡el agua estaba helada! Grité sin voz mientras temblaba:

—¡El agua está fría! ¡Tal vez se acabó el gas! ¿Me escuchas?

Entonces, desperté... estaba soñando, miré el reloj que marcaba las cinco con quince minutos, el vecino ya había encendido su carro para calentarlo, y otro, que siempre acompaña a su hija a la escuela, ya se había ido, señales

ajenas de que ya era tarde. No escuché la alarma. Todavía confundido por lo que había soñado y con mi cuerpo gélido me percaté de que las cobijas estaban en el suelo, lo cual explicaba el agua fría que caía de la regadera del baño y, como ella lo dijo, ya era hora de levantarse... Y se preguntarán, ¿quién era esa mujer?

Pues bueno, mientras presuroso me bañaba, recordaba con sumo agrado el sueño, sobre todo a aquella dama, a quien por cierto, conocía muy bien, es más, ya que estamos en confianza les diré algo... desde hace mucho tiempo me gusta, me encanta, es más, la amo... el solo hecho de soñarla me tenía muy contento y con renovados bríos. En su honor, me puse el mismo traje, la camisa; y claro, la corbata que, en mi sueño, me dijo fascinarle. Saleroso, me empeñé en mi arreglo personal, qué les digo, me embadurné hasta las últimas gotas que parecía tener el frasco del perfume que yo suponía le agradaba.

Llegué muy a tiempo al trabajo, ¿y qué creen?, ¡ahí estaba ella!, y mientras me acercaba, por unos instantes sentí su mirada, reinando el clásico silencio incómodo que rompió con una expresión hipnotizante mientras tocaba mi corbata...

—Buenos días... esa corbata me gusta mucho.

Y con la prestancia de mi vasta experiencia en estos asuntos del amor, con la virilidad de un lobo plateado que conoce los misteriosos lenguajes de las féminas, con la certeza de que el haberla soñado era una señal inequívoca del destino para declararle mis sentimientos... me planté... respiré profundo... preparé un tono de voz seductor... y con gallardía le respondí:

—Igual... mente.

¡Nada que ver! Ella, graciosa y simpática como siempre, sonrió con sutileza, después del real y celestial ridículo que acababa de hacer, porque además balbuceé mi absurda respuesta, con torpeza traté de desaparecer caminando por el pasillo más largo que no me llevaba a ningún lado. Entonces, con la vergüenza a cuestas, me devolví y pasé nuevamente frente a ella... Cual zopenco, enuncié:

—No sé dónde traigo la cabeza, es por acá...

Inmisericorde, me destrozó la poca reciedumbre que me quedaba, delineando una sutil y coqueta sonrisa, replicándome con una voz angelical:

—Es que ha de estar enamorado...

Miren, después de estas últimas palabras que me dijo, agradecí no haber desayunado, de lo contrario, hubiese retomado el pasillo largo para ir al sanitario, pues sentí un fuerte retortijón en el estómago que me hizo despertar. Sí, mi alarma estaba sonando exactamente a las cinco de la mañana... Un poco aturdido me reincorporé, me percaté de lo mañoso de mi subconsciente, me ajusté a la realidad lacerante y corrosiva que se agolpó en mi corazón, y apenas, pero apenas, me dio tiempo de llegar al excusado para tirar mi desconcertante vergüenza... y es que el sueño fue tan vívido que me sentía en una realidad alternativa. Y seguro de que están leyendo esto, respóndanme estas dos preguntas: ¿Mi sueño fue una señal de que el amor que siento por esa persona es correspondido?, o acaso, ¿fue una cobarde visión lastimera o un sueño de vigilia? Estoy cierto que ni ustedes lo saben, es más, sinceramente y con el debido respeto, no me interesan sus respuestas...

¡Qué reine el libre albedrío! ¡Qué viva el amor, aunque no sea correspondido!

Ojalá sea cierto eso que por ahí dicen... si sueñas con alguien, significa que se durmió pensando en ti.

Resignado ya estoy; sé que podré contemplar junto a ella los más hermosos arcoíris, pero jamás un amanecer entre sus brazos.

Ahora, les suplico que no me despierten... es hermoso escribir soñando.

JUAN REY LUCAS

Estudió la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha laborado como intendente en oficinas y casas particulares; escolta en seguridad privada, stripper, profesor de artes marciales, empleado empaquetador y distribuidor de tortilla; asesor educativo, docente literario, consultor del INEGI. El deporte, la lectura, la escritura, las plantas, los animales y su esposa son sus líneas vitales. Ha incursionado como articulista para distintos semanarios de la red: *Triada Primate TV* (Perú), *Teresa Magazine* (México), *Poesía Embotellada* (Argentina), *Estudio Dos*, emisora web (Colombia). Entre sus diversos ídolos inspiracionales se encuentran: Robert Smith, Michel Foucault, P. J. Harvey, Dennis Rodman, Mark Rothko, Eros Alesi. Actualmente trabaja en una novela, poesía y en recuperar la condición física de su época adolescente.

LA ABDICACIÓN DE LOS EXTINTOS

Las más importantes agencias de seguridad, entre ellos la CIA de Estados Unidos, la MOSSAD de Israel, la MSS de China, la MI5 del Reino Unido, la FSB de Rusia; así como las fuerzas armadas del país donde se hallan conglomerados, rodean el lugar del incidente. El secretario de gobernación, ya en el lugar de los hechos, pide la inmediata localización del señor Yosef. Todos sus subalternos actúan de forma rauda. Muchos aún ignoran por qué es que hay que resguardar el sitio. Creen que la custodia no tiene relevancia. Una hora después llega el susodicho.

—Buenas, señor secretario, ¿qué tenemos?

—Señor Yosef, ha pasado lo que jamás pensamos. Vaya, por favor, al lugar y haga su trabajo, ese que nadie más en el planeta puede hacer.

—Ok, ¿es por allá?

—Sí.

—Con permiso.

Llega al sitio y reconoce lo que se encuentra abatido. Inicia su investigación. Un soldado se acerca y lo inquiere:

—Disculpe, ¿no le parece una pérdida de tiempo lo que hace?

El agente lo ve y se levanta:

—Muchacho, sé que eres joven y por ende quizá algo poco avezado, para decirlo suavemente. Sólo quiero decirte que el mundo en dónde vives fue logrado por este tipo

de especies, la cual ignoras. Fue el último sobre la faz de la Tierra.

Se acerca un tercero, ya entrado en años, y le grita al caudillo:

—¡¡¡Soldado, venga inmediatamente!!!

—¡¡Sí, mi general!!

—Soldado, sé que es inexperto y quiere saber qué sucede, pero no interrumpa a los que saben. Yo le diré: aquella persona a la que usted cree que sólo pierde el tiempo, es el inspector forense de la rama botánica, el señor Yosef, único agente vivo, especialista en análisis criminalístico en fitología.

El agente ha terminado parte de su trabajo de auscultación y se dirige a los altos mandos que se encuentran preservando la demarcación:

—Lo confirmo, señores, ha muerto. El último Alerce en su clase. Me resulta sorprendente que hayan podido desprender a este amiguito de grandes proporciones y tirarlo. ¿Hay cámaras de seguridad?

—No, inspector. Es la única zona la cual estaba libre de vigilancia. Jamás pensamos que fuese a pasar algo así. Era el símbolo de lo que la humanidad representa.

—No, señor secretario. Era el símbolo de lo que el mundo fue, pero jamás representó lo que nosotros nunca fuimos. Y henos aquí, al punto dónde nos encontramos. Ya no me espanto de la estulticia. Bueno, por favor, protejan el área, haré un levantamiento técnico del interfecto; una fijación y recolección de indicios; un revelado y toma de posibles huellas dactilares; identificación de objetos extraños; reconstrucción criminalística de los hechos; determinación del posicionamiento víctima-victimario; dinámica de los su-

cesos; recopilación fotográfica; y lo llevaré al centro clínico de investigación para el escudriñamiento e indagación de las pesquisas y poder dar con el responsable lo más pronto.

Once meses después de ejercicios de escudriñamiento, el procurador del país espera al señor Yosef en su oficina.

—Señor Yosef, disculpe que me haya atrevido a entrar a su oficina, pero es imperativo que lo veamos. Requerimos de los resultados para efecto de actuar sobre los responsables. Supongo que casi un año le habrán bastado para su indagatoria.

El señor Yosef, visiblemente pasado de copas, llega, se sienta en su silla, y mirando a la nada le dice:

—Sí, tiene razón. Esos meses me han bastado para mi conclusión.

—¿Y cuál es?, dígame, por favor.

—Bueno... la víctima no fue atacada, señor oficial. Fue suicidio.

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Sí, eso es.

—¡¡No diga estupideces! Aparte de que noto su evidente estado de ebriedad, puedo deducir que sólo lo dice para fastidiar el caso y a nosotros, el gobierno.

—Contra maestre... no son estupideces. Quizá quién lo transmite sí lo sea por haber tenido la osadía de testimoniar el derrumbe del lugar que nunca llegamos a tener en el planeta, pero no juego con ello. En el cuerpo del liquidado nunca descubrí alguna cicatriz o marca de herida, violencia o acto punitivo; verifiqué cada testimonio de los aledaños que a esa hora transitaban; constaté cada una de mis hipótesis y examiné cada uno de los peritajes; ninguna me estableció un sospechoso. Y si es verdad lo que digo, lo siguiente

no es que me tache de imbécil, sino que en este momento me pida que oremos juntos. Porque si mi conjetura es la pertinente, el suicidio de aquel sobreviviente de siglos atrás cayó tanto por su voluntad como por la cooperación de una entidad a la cual las ganas de soportarnos se la hemos colmado.

—¿Qué infiernos quiere decir, Yosef?

—Mi Contramaestre, antes le decían el día del juicio...

Yo prefiero nombrarlo “El olvido de Dios”.

Tocan a la puerta abrupta y violentamente. Abren.

—¡Mi general, mi general, necesitamos su dirigencia!

—¿Qué pasa, soldado?

—Nos notifican, desde el cuarto de control, que la totalidad de los medios de comunicación reportan que en todos los cementerios, de cada país del mundo, los cadáveres salen expulsados, desterrados, como si fuesen expelidos de la tierra.

El Mayor vuelve a mirar al agente Yosef, y este le revira:

—Ha comenzado, general. Tardamos mucho. Dilapidamos más.

El agente inclina su silla hacia atrás y observa en el techo una araña de patas largas. Con los ojos cristalinos piensa: “Juro por lo que viene por nosotros, que puedo oír sus pisadas”.

GRICELDA ARACELI ROMÁN CISNEROS

Nació el 12 de enero de 1981 en la Ciudad de México. En el año 2000 fue becada en la Fundación para las Letras Mexicanas donde tomó talleres de cuento y poesía. En ese mismo año participó en el Palacio de Bellas Artes en la presentación de un libro, donde recitó algunos de sus poemas. En 2010 estudió creación literaria en la UACM (Cuauhtépec), que dejó inconclusa. Estudió radiología en el ITEM en el 2014. En 2019, cursó fisioterapia y rehabilitación. Actualmente está por terminar su certificación como paramédico. Aunque todas sus carreras están relacionadas con el área de la salud, ella siempre ha sentido pasión por leer y escribir. Fue finalista digital del Premio Ariadna de Cuento 2021. Su más grande sueño es publicar una antología de poemas y una novela en las que ya se encuentra trabajando. Edgar Allan Poe es su gran inspiración.

EL NIÑO DE LA MORGUE

Era un día lluvioso, se escuchaban los truenos de una forma tan escalofriante que parecían tener vida propia, Alicia se encontraba en la morgue. Sí, en la morgue, ese lugar al que pocas personas en su sano juicio quisieran ir. Se encontraba ahí porque era su lugar de trabajo, era Médico Forense con una especialidad en patología y se encargaba de realizar las autopsias.

Esa noche tenebrosa que parecía sacada de una película de terror, justo en el momento en que los truenos y la lluvia daban la impresión de no tener fin, llevaron el cadáver de un niño de ocho años, el cual presentaba signos de abuso físico; tenía la ropa desgarrada y su expresión era de desesperación.

Aunque Alicia estaba acostumbrada a los casos demasiado fuertes, al ver a ese pequeño notó que todo su cuerpo temblaba, se sentía desmayar; un miedo y una angustia le recorrieron las entrañas. “¿Quién habrá sido capaz de matar a sangre fría a este niño indefenso?”, pensó.

Al preguntar por el expediente, volvió a sentir pánico, un pánico abrumador que incrementó al ir leyendo cada palabra de ese reporte:

Masculino de 8 años, fue encontrado al interior de su domicilio, con señales de abuso sexual, diversos traumas en todo su cuerpo, quemaduras en sus brazos y amputación de tres dedos de la mano derecha, que se presume fue hecha cuando aún estaba

con vida; presenta diversas mordeduras en espalda y cráneo; se encontró un juguete de forma puntiaguda insertada en su ano, el cual le produjo un desgarre.

Cuando Alicia terminó de leer estas líneas no daba crédito a que eso fuera real, más aún cuando le dijeron que los acusados de esa atrocidad eran los padres biológicos del niño. Se paralizó unos segundos pensando en que ese ser inocente no merecía morir así y menos a manos de quienes le habían dado la vida y debían amarlo.

Ella se quedó sola, tenía que realizar su trabajo, pero esta ocasión, a diferencia de otras veces, parecía que algo o alguien la detuviera, sentía una fuerza inexplicable que la hacía retroceder del cuerpo del menor.

Trató de tranquilizarse, fue al baño a mojar la cara para calmar esa ansiedad que en años de servicio, ni siquiera cuando era pasante, había sentido. Al ver su reflejo en el espejo sintió que alguien había pasado corriendo atrás de ella. Se miró fijamente, y dijo para sí:

—Cálmate, Alicia, todo tiene explicación, jamás has creído en fantasmas y no empezarás a hacerlo hoy.

Aún no terminaba la frase cuando escuchó como si el viento soplara trayendo consigo la voz desgarradora de un niño que le decía:

—¡Ayúdame, por favor!

Al voltear la mirada, alcanzó a ver cómo una sombra se alejaba en la oscuridad del pasillo. Empezó a temblar como si tuviera mucho frío, lo único que pudo hacer en ese momento fue salir corriendo de la morgue hacia su coche. Se quedó pensativa unos segundos y después se fue a casa.

Llegó, bajó de su auto, se dio un baño y se preparó un café mientras recordaba todo lo que había pasado. Cada re-

cuerdo era como golpes en su cabeza. No daba crédito a lo que sentía, ella siempre había sido muy profesional, jamás había dejado que un caso la afectara y menos a ese extremo. A veces le decían que tenía la sangre fría o que no tenía corazón, a lo que ella respondía que era más sensible de lo que pensaban, pero que en su trabajo debía ser capaz de tener pies de plomo hasta parecer de piedra para que pudiera dar un reporte real de cada caso y así poder esclarecerlo.

Trató de dormir, aunque sólo cerraba los ojos y se veía en la morgue, frente al cadáver del pequeño. Pasó la noche en vela. A la mañana siguiente, se bañó de nuevo, tomó su café de siempre y manejó hacia su trabajo. Eran sólo dos médicos los encargados, pero su compañero estaba de vacaciones, por lo que esos días no podía darse el lujo de tomarse un descanso.

Intentó entrar a donde estaba el cuerpo inerte, pero nuevamente, la misma fuerza, la hacía retroceder. A lo lejos vio la sombra que se perdía entre las gavetas, como si jugara con ella; se armó de valor y gritó:

—¡Dime quién eres! ¿Por qué me atormentas de esa manera? ¿Necesitas ayuda?

Sólo volvió a ver la sombra que se alejaba por el largo pasillo que se encontraba al salir de donde estaban las gavetas. Pensó que eso no podía seguir así, ella debía entregar el reporte de la autopsia sin excusa.

Se acercó al cadáver y tomó el bisturí aun cuando sus manos temblaban. Al ir abriendo el cuerpo sentía que su corazón se detenía por unos segundos. Soltó un momento el bisturí y pensó en voz alta:

—Si no me dejas hacer mi trabajo, ¿cómo podré ayudarte?

En ese momento, la fuerza que antes la había detenido, ahora la empujaba para seguir. Encontró que el niño tenía droga en su interior, por lo que determinó que lo usaban para transportarla, porque era más difícil que alguien sospechara de un niño.

Finalmente, pudo entregar su parte forense, donde quedó asentado cada una de las lesiones que presentaba el menor y la causa de la muerte —traumatismo craneoencefálico severo y varias costillas rotas que le causaron perforación en un pulmón— todo descrito a detalle en el expediente.

Aunque Alicia había podido esclarecer las causas de la muerte del pequeño, el espíritu de este ser se quedó dentro de la morgue. Ella se acostumbró a ver esa sombra que parecía seguirla a todas partes, principalmente cada vez que iba a realizar una autopsia.

Jamás entendió ni encontró una razón científica para lo que le sucedió, pero se dio cuenta de que a veces hay circunstancias que no tienen una explicación basada en la razón, que hay seres que no logran trascender y su alma se queda vagando en cualquier lugar, perdida en alguna morgue o, incluso, puede estar atrás del que está leyendo estas líneas...

Si deseas publicar tu
propio libro físico o
digital (*e-Book*)
consulta nuestros
paquetes con ventajas y
descuentos especiales.

www.editorialariadna.com

Editorial
Ariadna



En Editorial Ariadna nos sentimos satisfechos y emocionados por dar un espacio en el que los escritores que participan en el Premio de Cuento no sólo publiquen sus textos sino que también se expresen respecto a su propia obra. Para muchos de ellos Editorial Ariadna ha sido su primer espacio, su primera casa, han dejado en estas páginas sus primeras huellas, las cuales deseamos se reproduzcan y hagan un largo camino al andar, parafraseando al poeta. El ganador del Premio Ariadna de Cuento 2022 es Roberto Omar Román; se han otorgado cuatro menciones honoríficas y elegido a dieciséis finalistas impresos y digitales. ¡Felicidades a todos!